

Limbo

Manuel Rubio

Nudo:

- *En los árboles y plantas, parte del tronco por la cual salen las ramas y en estas, parte por donde arrojan los vástagos, y que tiene por lo regular forma redondeada.*
- *Lazo que se estrecha y cierra de modo que con dificultad se puede soltar por sí solo, y que cuanto más se tira de cualquiera de los dos cabos, más aprieta.*
- *Bulto o tumor que suele producirse en los tendones por enfermedad o en los huesos por rotura, cuando estos vuelven a unirse.*
- *Lugar donde se cruzan varias vías de comunicación.*

Mi nombre es Ismael y estoy a punto de morir.

Prólogo.

Como cualquier martes, había salido a comprar un par de cruasanes de la pastelería de la señora Paquita. Esos cruasanes te devolvían a la vida.

Al principio, era curioso no ver a nadie. Pero, cuando ya llevaba más de una hora caminando, me empecé a asustar. La soledad y el silencio habían empezado a ponerme muy nervioso.

El movimiento de mis ojos se había acelerado hasta tal punto intentando encontrar a alguien, que había momentos en los que me mareaba. Tenía que parpadear, alargar un parpadeo para volver a centrarlos y ponerlos en su sitio. Los abría intentando autoconvencerme de que todo iría bien, de que ahí, delante de mí, la urbe estaría viva como siempre. Ruidosa. Respirando.

¡Nadie! Otra vez nadie.

Aterrado por el silencio y cansado de andar sin saber muy bien a donde ir, decidí sentarme y esperar. Entonces lo vi. Justo delante de mí. Aquel edificio no me sonaba, nunca lo había visto.

Al acercarme, una paz extrema se apoderó de mí. Nunca había estado más tranquilo y más en paz conmigo mismo. Me sentía convencido de que aquella nada, era lo que quería. Lo único que deseaba, era quedarme en aquel silencio que hacía que me sintiera único.

Y ya en la puerta, me di cuenta de todo.

Si eso era estar muerto. Si esa iba a ser mi paz eterna. Mejor vuelvo a buscar la pastelería de la señora Paquita y con un poco de suerte, esos cruasanes me devuelven a la vida.

Capítulo 1. ¿Cómo abro la puerta?

La pesadilla terminó al doblar la esquina del estanco del Sr. Joaquín.

De nuevo; gente, coches, ruido, olores.

Es curioso. No me había dado cuenta de que los olores fueran tan importantes. Los tienes tan metidos en la cabeza, que muchas veces los sientes solo porque lo que ves tiene que tener ese olor.

Y ahí estaba. El rico olor de la pastelería de la señora Paquita.

Dos cruasanes.

Volví a casa, me preparé un mocaccino, me senté en mi butacón y puse la tele.

La ventaja de vivir solo, es que te puedes sentar donde quieras.

En el salón, tenía una mesa con 4 sillas, un sofá de tres plazas y mi butacón. Y digo mi butacón, porque es mi sitio preferido. Siempre estoy en ese butacón. Para desayunar, para comer, para cenar, cuando veo la tele e incluso cuando me masturbo.

Mientras desayunaba, no podía dejar de darle vueltas al episodio de hacía un rato. Había sido todo tan raro. Tan raro, pero tan real.

Cogí el móvil y busqué a Jaime en la agenda. Jaime, era el jefe del servicio de neurología de un hospital cercano y amigo de la infancia. De esos amigos con los que nunca pierdes el contacto.

Mi mujer y la suya se llevaban realmente bien. María, mi mujer, había fallecido hacía casi tres años de cáncer de mama y Carmen, la mujer de Jaime, se había marchado con un chico 20 años menor que ella hacía un mes. Desde la marcha de Carmen, no habíamos vuelto a quedar y pensé que lo mejor sería llamarlo para que me echase un ojo y así volveríamos a retomar el contacto.

Como siempre, ¡un buen amigo! Visita esa misma tarde sobre las 6.

Llegué a la consulta que no serían las cinco y media. Me gustaba llegar con tiempo a los sitios.

Sentados esperando su turno, dos chicas de unos veintitantos años sentadas juntas, un crío con su madre y un señor muy mayor en silla de ruedas acompañado por una señora de rasgos orientales, pelo azabache y un gran moño en la cabeza.

Desde luego, la juventud no tiene muy claro donde se puede hablar con toda la potencia que te da la caja torácica y donde tienes que mantener un poco la compostura.

En ese ratito, me enteré de que Cristian, el antiguo novio de Nerea, la chica más rubia de las dos, le había puesto los cuernos con David, compañero de clase de ambos.

Vanesa, la otra de las chicas que vociferaban en la consulta, le había aconsejado de corazón que, lo que tenía que hacer era tirarse al primero que se le pusiera delante. Que así Cristian aprendería de una puta vez.

En el mejor momento del culebrón de Nerea y Cristian, Jaime, abrió la puerta de su consulta y con un gesto como medio chulesco me dijo que pasara.

Jaime me atendió sin prisa, cómodo como siempre.

Nos pusimos al día de cómo nos iba todo. Bueno, en definitiva, no había novedades para ninguno de los dos.

Más o menos después de una hora de pruebas y preguntas, Jaime me dijo que él no veía nada raro. Que, si se volvía a repetir algo parecido, lo tenía que llamar lo antes posible y entonces, miraría por otro lado. No sé. Cosas de médicos.

Nos despedimos con un abrazo y al mirar en dirección a la puerta de la consulta, me volvió a pasar.

Todo se hizo silencio. Dejé de escuchar el bufido del aire acondicionado, los murmullos de Nerea y Vanesa desaparecieron, y el olor de la consulta se desvaneció.

Miré hacia Jaime con la intención de decirle que me estaba volviendo a pasar en ese preciso instante, pero ya no estaba. Volví a mirar a la puerta y cuando hice ademán de abrirla, la maneta había desaparecido.

Solo y encerrado en el mayor de los silencios.

¿Cómo abro la puerta?

Capítulo 2. La oficina.

Me tomé un momento para intentar analizar la situación. Ahora estaba solo en una sala vacía, de donde no podía salir.

Retrocedí un par de pasos para tener una perspectiva mayor de mi entorno. Detrás de mí, la mesa de Jaime, a un lado la camilla, al otro lado un par de armarios llenos de cosas...

En ese momento, la puerta de la consulta se abrió. Recuperé los dos pasos con los que había retrocedido anteriormente y me quedé frente a ella, mirando hacia lo que tendría que ser la sala de espera de la consulta.

¡No podía ser! Ahora había una gran oficina llena de gente. Una gran sala cuadrada llena de mesas a izquierda y derecha, donde personas que no conocía, personas que no había visto nunca, trabajaban sin prestarme la más mínima atención.

Al fondo de la sala, alineada con el centro de la misma, una mesa más grande, donde una chica morena de pelo liso y gafas de pasta negras, sí había levantado la vista de sus quehaceres y no dejaba de mirarme.

Tras unos segundos cruzando la mirada con aquella chica, esta, cogió un libro que tenía sobre la mesa, se levantó y comenzó a caminar hacia mí.

Tenía un andar firme y seguro. Era elegante. Camisa blanca con los dos últimos botones sin abotonar por dentro de una falda de tubo negra justo por debajo de las rodillas. Y aunque me encontraba totalmente cohibido por la situación, no pude dejar de fijarme en el contoneo de sus caderas al andar. Un vaivén firme que parecía estar marcado por el metrónomo de sus tacones al golpear sobre aquel suelo de madera.

Cuando llegó a la puerta donde yo estaba, la chica, levantó el libro que llevaba en la mano y mientras lo ojeaba, me preguntó si tenía cita.

Bajé ligeramente la vista con la intención de mirar el libro y entonces, detrás de mí, escuché una voz familiar que me nombraba y se despedía de mí.

Al girarme, Jaime estaba de nuevo en su mesa, ya sentado. Mirándome con una sonrisa en la cara, mientras alzaba la mano en señal de saludo de despedida.

Miré de nuevo hacia delante acabando el gesto que había iniciado hacía un momento. Cogí la maneta de la puerta, de nuevo cerrada, la abrí y salí a la sala de espera de la consulta, donde Nerea y Vanesa seguían gritando las infidelidades de Cristian, la señora asiática limpiaba las babas del señor de la silla de ruedas y el crio y su madre miraban el móvil mientras sonreían.

Salí del hospital y me fui a casa. Me senté en mi butacón y encendí la tele.

No miré el reloj, pero pasé horas ahí sentado delante de la pantalla sin dejar de darle vueltas a lo que me estaba pasando.

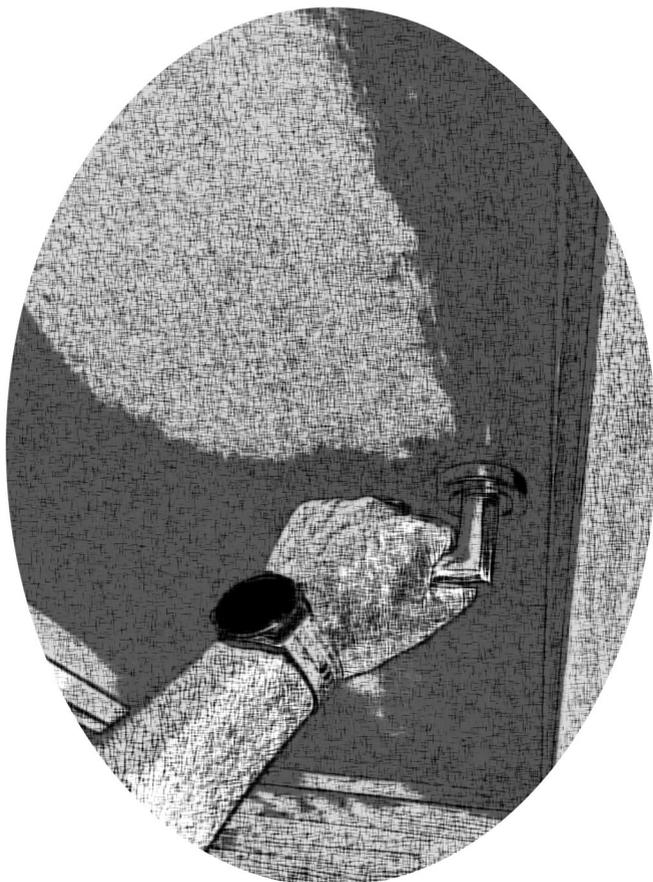
Agotado, me fui a la cama.

Aquella noche dormí como nunca lo había hecho.

Al día siguiente, vuelta a la rutina de siempre.

Adecentar la habitación, ducha y a buscar algo a la panadería de la señora Paquita. Y ya de paso, a comprar algo de prensa. Me gustaba ojearla mientras desayunaba.

Pasaron los días sin ningún otro episodio extraño. Parecía que la normalidad me acompañaba de nuevo.



Capítulo 3. Hora champions.

Era martes. Esa tarde había quedado con unos amigos, entre ellos Jaime, para ver el partido de champions.

Nunca había sido un gran seguidor de ningún equipo, pero, solo por el rato que pasábamos juntos valía la pena perder un par de horas viendo a unos tíos sudados pegándose patadas.

En el camino de casa al bar, me encontré con Alfonso y Alicia. Los vecinos del 3º A. Eran una pareja encantadora. Iban paseando con su pequeña. Habían sido papás hacía 5 o 6 meses.

Siempre que los encontraba nos parábamos a hablar, y yo, aprovechaba ese ratito para mostrarle a la criatura todo mi abanico de carantoñas ilógicas destinadas al entretenimiento de los más pequeños.

Alba, la niña, era una ricura. Nada más acercarme empezaba a sonreír y a alzar los bracitos hacia mi como pidiéndome que la cogiera. Con el más mínimo gesto, se carcajeaba. Se volvía loca.

Su reacción era tal, que incluso Alicia me había llegado a decir en alguna ocasión, que era impresionante como Alba se comportaba conmigo. Que eso no lo hacía con nadie.

A las 20:00 llegué al bar de Paco. Lugar de tradición, cerveza fresca y buenas tapas.

Ya en la mesa, nuestra mesa de siempre, estaba Jaime apurando un último trago de la que a simple vista era la primera.

Me senté junto a él, me pedí una mediana y nos pusimos a hablar. Jaime me preguntó enseguida por lo que me había ocurrido. Yo, quitándole hierro al asunto, le dije que iba todo bien. Que había sido solo el día que fui a su consulta, pero que ya estaba todo normal, que sería cansancio o falta de sueño.

Al cuarto de hora o así llegaron Antonio y Javier, también amigos de toda la vida del barrio.

El mismo ritual. Un par de cervezas, en esta ocasión acompañadas por una de bravas y una de rejos y a echar unas buenas risas.

El partido era un tostón. Segundo o tercer partido del grupo G, entre el Real Madrid y la Roma. Joder, del Madrid yo me quedé en el buitre. Y me acuerdo también del portero, porque a Paco, el del bar, que siempre está gritando y quejándose, le llamamos Paco Bullas.

A la media parte y con más grados encima que el sol, no podía aguantarme las ganas de mear. Me tocó esperar. Yo abí, delante de la puerta del baño y dentro, lo que parecían ser dos chicos de cachondeo y hablando por el móvil con manos libres puesto.

Que si mándame una foto, que si mira el pearcing de mi pezón, que si te lo harías con los dos.

Cansado de esperar y ya a punto de reventar, no tuve más remedio que dar un par de golpes en la puerta, mientras les gritaba que se diesen prisa, que era para hoy.

Al momento, la puerta del baño se abrió y salieron dos chicos todavía con la carcajada en la boca. Ninguno de los dos me miró, pero el que iba

segundo, me dedicó un, joder con las prisas!, justo en el momento en el que pasaba junto a mí.

Yo, ni caso.

Entré al baño y me puse a mear. Madre de Dios el gustito que daba descargar cuando estabas a punto de explotar. Hasta escalofríos.

Un par de empujoncitos apretando el culo para escurrir las últimas gotas, lavada de manos de rigor, aunque el miembro real siempre anda limpio y remojada de cara por eso de despejarse un poco.

Al subir la cabeza de la pica hacia el espejo, con el gesto natural que una persona hace cuando se está lavando la cara, ahí, delante de mí, estaba de nuevo la chica morena de gafas de pasta de aquella extraña oficina.

Libro en mano y clavando sus ojos en los míos me dijo. Hola Ismael, acompáñeme por favor, el Sr. Keres le está esperando.

Dio media vuelta y empezó a andar atravesando esa cuadrada y enorme oficina. Yo, aunque temeroso y casi por inercia, comencé a andar tras ella.

Mientras caminábamos por la sala, me di cuenta de que la gente en sus mesas levantaba la cabeza a mi paso. Me miraban. Murmuraban mientras me seguían con la mirada.

Llegamos al final de la sala. La chica abrió la puerta y me dijo que me sentara, que el Sr. Keres me atendería enseguida.

Aquella sala era inmensa, puede que incluso más que la anterior. Largas paredes de papel rojizo adornadas con grandes cuadros. Entre cuadro y cuadro, el simple aderezo de una silla de madera de talla antigua. En el centro, yo, sentado en una silla exacta a las repartidas por la sala, justo delante de una gran mesa con decenas de carpetas sobre ella, un teléfono de los de rueda, un lapicero metálico lleno de bolígrafos y lápices, un abrecartas en forma de daga con la empuñadura de piel y dos documentos a simple vista iguales separados más o menos un palmo el uno del otro y alineados perfectamente con el borde de la mesa. Confrontando mi posición, un sillón de piel negra tan lisa, brillante y pulida, que dejaba ver en forma de reflejo la gran cantidad de luces del techo.

Después de una larga espera y con la sensación de llevar ahí sentado una eternidad, intenté distraerme mirando los cuadros que tenía a mi alrededor. Me levanté de la silla y me puse a caminar perfileando el perímetro de la sala, mientras iba descubriendo uno a uno todos aquellos retratos.

Curiosamente, todos parecían del mismo estilo, pero todos representaban épocas diferentes. Un hombre vestido de romano, una india, un soldado, una señora muy anciana.

Cuando más entretenido estaba...

Una voz entró en mi cabeza para llamar nuevamente mi atención hacia el centro de la sala.

Y ahí, sentado en el sillón de piel negra, el que supuse era el Sr. Keres.

Era un hombre de mediana edad. Perfectamente peinado y afeitado. Su pelo era negro, aunque ligeramente canoso sobre todo por los lados. Vestía un traje de tres piezas con levita y pantalón negro de raya diplomática, chaleco gris plata, camisa blanca y corbata negra con algún detalle también en gris plata.

Este, haciendo un ligero gesto de reclamo con la mano, me indicó que me sentara de nuevo.

Ya sentado delante de él, me acercó los documentos que había visto antes sobre la mesa, los giró hacia mí y me dijo que los leyera detenidamente y que los firmara. Que me tomara mi tiempo. Que, si tenía cualquier duda, solo tenía que preguntar.

Los leí. Levanté la cabeza y miré tímidamente al Sr. Keres buscando algún tipo de gesto que me diera pie a decir cualquier cosa.

Él, ni me miró. Siguió ojeando papel tras papel mientras tomaba notas en un viejo libro de tapas gruesas.

Bajé de nuevo la cabeza y volví a leer el documento.

¿Cualquier duda? ¡Aquello no había quien lo entendiera!

¿Limbo?, ¿Eternidad?

Ese documento hablaba de emplear la eternidad, mi supuesta eternidad, en ser una especie de ayudante de no sé qué entidad que llevaba entre nosotros desde el principio de los tiempos.

Nuevamente miré al Sr. Keres. Este, levantó ligeramente la cabeza de aquel libro y me preguntó si me había quedado todo claro.

No sé si fue por curiosidad, por las ganas de saber más o por incredulidad, que agarré un bolígrafo del lapicero y firmé aquel documento.

Solté el bolígrafo sobre la mesa. En ese momento, aquel enigmático hombre centró su mirada en mí, gesticuló una leve sonrisa y arrastrando los papeles hacia él, me dijo que solo tenía que hacer una última cosa para incorporarme lo antes posible. Lo último que tenía que hacer era suicidarme.

Que me tomara mi tiempo. Es una decisión difícil y tenía que estar completamente convencido.

Volvió a bajar la vista hacia aquel libro y continuó con sus apuntes.

Me quedé ahí, sentado, mirándolo. Como esperando algo que me aclarara lo que acababa de pasar.

A los pocos segundos y sin levantar la cabeza de su viejo libro, me invitó a marcharme y me dijo que esperaba verme pronto.

Me levanté y con un paso inseguro me dirigí hacia la puerta por donde había entrado, no sin antes, girarme una última vez hacia aquel hombre que seguía con sus anotaciones.

Abrí la puerta. Al otro lado, esperando, la chica morena de gafas de pasta.

Me indicó que la siguiera y me acompañó hacia la salida.

Atravesamos aquella sala de nuevo. Todas las miradas se centraron sobre mí. Todos los que allí trabajaban sin excepción, trazaron mi recorrido con la vista hasta que llegamos a la puerta por donde habíamos entrado.

Aquella chica la abrió y justo antes de que la atravesara por completo, me preguntó si tenía alguna idea de cuando me iba a poder incorporar.

Capítulo 4. Primer día del final.

Al girarme para mirarla, me encontré de nuevo frente al espejo del baño del bar de Paco.

Los gritos de Jaime preguntándome si me encontraba bien mientras aporreaba la puerta, hicieron que fuera consciente del todo de que me encontraba en el bar.

Salí del baño y sin mediar palabra con Jaime, me fui directamente a la mesa.

El segundo tiempo ya había empezado. Minuto tres y cero a cero en el marcador.

Pasó la tarde con normalidad para todos excepto para mí. No me podía quitar de la cabeza lo ocurrido en el baño.

Pensaba una y otra vez en lo que me estaba pasando.

No sé cuántas cervezas me bebí porque, no sé cuántas cervezas más pidieron, pero llegué a casa, no sé muy bien cómo y completamente borracho.

A la mañana siguiente me desperté en la cama vestido y con un dolor de cabeza terrible.

Me metí en la ducha, me afeité y salí a la calle a buscar el desayuno a la panadería de la Sra. Paquita.

De vuelta a casa paré en el kiosco intentando asentar de nuevo una rutina que me hiciera olvidar la pesadilla del día anterior.

Marca, As, La Vanguardia, Limbo...

¿Limbo?

Nunca había visto esa revista.

Di un paso adelante para fijarme bien en el titular de la portada, que decía en letras mayúsculas: “PRIMER DÍA TRAS LA FIRMA DE ISMAEL”, acompañado de un texto en la parte inferior en minúscula y cursiva que aclaraba: “Gran expectación ante la inminente llegada de la nueva incorporación”.

Todo esto, sobre una foto grupal, donde aparecían los trabajadores de la oficina de mis pesadillas, encabezados por la chica morena de gafas de pasta. Todos sonriendo y con ostentosos gestos de alegría.

Me recordó a las fotos de plantilla que publica Google con empleados súper amigos y súper felices.

Cogí la revista y alzándola para mostrársela, le pregunté por su precio al quiosquero mientras rebuscaba en el bolsillo izquierdo del pantalón, que era donde siempre llevaba las monedas.

El quiosquero me dijo que lo de siempre, que La Vanguardia hacía años que no cambiaba de precio.

No salía de mi asombro. Efectivamente, en mi mano había una Vanguardia.

Repasé con la vista todo aquel muestrario de prensa del expositor del kiosco, pero no pude encontrar de nuevo la dichosa revista.

Solté la Vanguardia y sin mediar palabra con el quiosquero, inicié un acelerado caminar hacia mi casa.

¡Dios! Tenía un dolor de cabeza terrible.

Me senté en mi butacón y allí, pasé todo el día hasta que empezó a oscurecer. Pensando. Preguntándome si lo que me pasaba era real o solo estaba en mi imaginación.

En cualquiera de los dos casos, tenía que buscar una solución.

El silbido de Whats.App me despistó de mis pensamientos. Miré el móvil y vi que Jaime me había escrito 7 mensajes.

Estaba preocupado. Mi comportamiento en el bar no le había parecido del todo normal.

En los mensajes, me explicaba que había sido él quien me había llevado a casa. Que me tumbó sobre la cama y se quedó conmigo hasta muy tarde.

Que en el tiempo que estuvo allí mientras yo dormía, hablé de un tal Sr. Keres y de que había firmado un contrato con él.

Me decía que nos viéramos al día siguiente en el restaurante de siempre a la hora de comer.

Aquel día no dio para mucho más. Cené una manzana y un puñado de nueces mientras miraba la tele y me fui a la cama.

De nuevo, una noche de sueño plácido y profundo.

Capítulo 5. Palomas.

Por la mañana, me despertó el timbre del telefonillo de abajo.

Me puse las zapatillas, fui hasta la puerta y contesté.

Un transportista me traía un paquete. Extraño porque, yo no había pedido nada.

Le abrí y le esperé en el rellano con la puerta de casa abierta, mirando hacia las escaleras.

La indumentaria del transportista no me sonaba de nada. Camisa blanca, pantalón blanco, zapatilla deportiva blanca. Pero nada más. Ni un logo, ni un nombre, nada. Jamás había visto una empresa de reparto que vistiera así a sus empleados.

Cuando estuvo frente a mí, me llamó por mi nombre y me dijo que me traía un paquete urgente.

Aquel chico, me puso en las manos una pequeña caja de cartón totalmente cuadrada de unos 30cm x 30cm, se dio media vuelta y bajó las escaleras de nuevo.

Era extraño. No esperaba nada. Además, el transportista ni siquiera me había pedido la documentación. Ni siquiera me había hecho firmar la entrega.

Entré en casa, cogí un cuchillo de la cocina, me senté en mi butacón y abrí la caja.

Me quedé aterrado. Dentro de la caja había una sogas. Una de esas sogas gruesas de esparto de color marrón.

La saqué de la caja. Medía unos 4 metros. Un extremo acababa en un corte limpio y el otro, tenía hecho un perfecto nudo corredizo. El nudo con el que la gente se ahorca. En el fondo de la caja, un pequeño sobre con mi nombre escrito a mano.

Abrí el sobre. Dentro, una tarjeta de visita de color blanco, con una única cosa escrita con tipografía color negro en su ángulo inferior derecho. Sr. Keres.

Por el otro lado, la palabra “hazlo”, escrita a mano con una letra idéntica a la de mi nombre del sobre.

Me asusté. Me asusté mucho.

Todo aquello que parecía un mal sueño se había convertido en algo real. La caja era real. La sogas era real.

Miré el reloj. Era casi la una del mediodía. Recordé que había quedado con Jaime para comer.

Iría al restaurante y se lo explicaría todo. Era la única persona a la que se lo podía contar.

Me vestí y salí a la calle camino del restaurante.

Estaba algo lejos, pero, decidí ir andando por eso de despejarme un poco. Necesitaba ordenar lo ocurrido mentalmente para explicárselo a Jaime. Seguro que él me podía ayudar.

Llegué al restaurante poco antes de las dos. El mesón el Cortijo era de nuestros preferidos. Un trato familiar, una buena cocina casera y de calidad, y unos precios súper competitivos. Además, entre semana hacían menú. Ahí sí que no tenían competencia.

Al entrar, Juanlu, el dueño, me recibió con un buen apretón de manos mientras me preguntaba por cómo me iba la vida.

Estuvimos charlando en la entrada más o menos diez minutos hasta que llegó Jaime.

Nos sentamos en la mesa que ya nos tenían preparada y Juan Luis nos cantó el menú del día.

De primer plato: Canelones de pato y manzana o Fideuá de butifarra, setas y all i oli o arroz caldoso de pescadores.

De segundo plato: Suprema de merluza en suquet o ternera a la cazuela en su jugo o cuarto trasero de pollo al horno.

El menú incluía pan, bebida y postre. Y todo esto por el módico precio de 15€.

Yo, pedí los canelones y la suprema de merluza y Jaime, la fideuá y el pollo. Para beber un poquito de vino para él y agua para mí. Había tenido bastante con todo el alcohol que había bebido el día del fútbol.

Fue Jaime quién inició la conversación. Estaba destrozado.

El abogado de Carmen, su mujer, le había enviado los papeles para el divorcio. Le citaban al lunes siguiente, para firmar las condiciones.

No tenían hijos, pero sí mucho que repartir.

Durante su vida, Jaime había amasado una fortuna considerable. Además de ser el director del departamento de neurología del hospital donde me visitó, tenía una consulta privada, y ahí, era donde realmente hacía dinero.

Carmen no trabajaba. Llevaban 25 años juntos, y yo, no la recordaba trabajando.

Jaime me dio los papeles que le había mandado el abogado de Carmen, donde se detallaba todo lo que le pedía, mientras me decía con rabia y lágrimas en los ojos que lo que le estaba pasando no era justo, que no se merecía eso después de todo lo que la había querido y de todo lo que había hecho por ella.

La lista era rotunda. La casa de la playa, la mitad del valor del piso donde vivían, uno de los tres coches y 450.000€ de las cuentas que tenían a nombre de los dos.

Levanté la vista y miré a Jaime. La volví a bajar intentando ganar tiempo para pensar algo que decirle. Algo que le ayudara en ese momento.

Como caído del cielo, llegó Nito, el camarero y nos plantó delante los primeros. Jaime como si nada, cogió el tenedor y repartió cuidadosamente toda la pequeña cazuela de all i oli sobre su plato de fidená y empezó a comer.

Doblé los papeles, los aparté a un lado, me serví un vaso de agua, y siguiendo el gesto de Jaime, también empecé a comer.

La conversación se destensó. Jaime me hablaba de ir a ver otro partido de clasificación de grupos el martes siguiente. Yo le dije que sí, que ahí estaría, pero sin tanta cerveza. Y claro, tenía que salir. Me preguntó por cómo me encontraba. Me había notado raro el día del partido y se había quedado preocupado.

Pensé que no era el mejor momento. Con la que tenía encima con el tema de su ex, no podía preocuparlo más explicándole mis locuras. Ya encontraría otra ocasión.

Le quité hierro al asunto y aunque sin saber muy bien de lo que hablaba, le hice una serie de preguntas mostrando interés por la champions y las opciones de clasificación de algunos equipos. Jaime era un verdadero entendido del tema. Tenía en la cabeza miles de datos sobre equipos, jugadores y goles. Era como la Wikipedia del fútbol.

Al final pasamos un buen rato. Estuvimos en el restaurante hasta pasadas las cinco, que fue cuando Juan Luis nos dijo que ya lo tenía todo limpio y recogido, que, si no cerraba ya, se le juntarían las comidas con las cenas.

Salimos y ayudamos a Juan Luis a cerrar las persianas del local. Nos dimos un abrazo y marchamos cada uno para su casa.

De camino a casa no paré de darle vueltas a la situación de Jaime. Pobre tío. Yo siempre los había visto bien. Con lo bien que podían estar y mira, por culpa de un niñato le ha destrozado la vida a mi amigo.

De tanto darle vueltas al asunto, llegué a casa cabreado y con algo de dolor de cabeza.

Sin tan siquiera quitarme la chaqueta, abrí la nevera con la intención de coger una manzana, pero estaba completamente vacía. Llevaba días despistado y no había ido a comprar.

Bajé de nuevo a la calle.

A dos portales del mío, estaba el súper de José María y Asun. Un encantador matrimonio del barrio.

Para las compras grandes, siempre cogía el coche e iba a algún gran centro comercial, pero para el día a día, la mejor opción era su pequeño súper.

José María atendía a sus clientes habituales de una forma excepcional. Siempre que tenía algo de carne buena de verdad, se te acercaba y como medio en secreto te susurraba que le acababa de entrar un solomillo que se deshacía en la boca.

Era muy gracioso ver como disimulaba. Se te colocaba al lado, pero miraba hacia otro mientras te hablaba moviendo los labios lo menos posible.

Entré, cogí una cesta y fui directamente a la fruta. Aunque me hacía falta de todo, en aquel momento solo quería algo de fruta y agua. Ya iría a por todo lo demás.

Unas manzanas. Las Golden eran las que me gustaban más. Aunque son las más típicas, son las más dulces y menos duras.

Unos kímis, que siempre van bien a primera hora del día. Unas mandarinas y un pack de 6 botellas de agua Bezoja.

Ya en la caja me atendió Asun. Como siempre, una sonrisa en la boca y un comentario positivo sobre el día, lloviese a mares o hiciese un sol abrasador.

Asun, pasó las bolsas de fruta por el lector y para el agua, utilizó una etiqueta que ya tenía preparada en la caja con el código de barras del pack de Bežoya. Así no levantaba peso.

Son 12,25€ me dijo.

Justo cuando estaba acercando la tarjeta de crédito al datáfono para pagar, escuché a José María gritar algo a mis espaldas que no logré entender.

Me giré para ver si era capaz de comprender lo que decía.

En esa ocasión, si lo escuché perfectamente. José María le gritaba a Asun, ¡Asun, dile que lo haga!, ¡Dile que lo haga!, ¡Dile que lo haga!

Giré de nuevo la cabeza hacia Asun, mientras José María seguía gritando una y otra vez lo mismo, y abí, a menos de un metro de mi cara, estaban las piernas de Asun balanceándose en el aire.

Del susto, caí hacia atrás y quedé reclinado hacia un lado, tumbado sobre un expositor de cartón. Desde esa posición, pude ver perfectamente como Asun estaba ahorcada delante de mí. Una soga marrón atada a una columna del techo rodeaba su cuello y la mantenía en el aire. Un nudo corredizo le apretaba la garganta y la estaba matando. Sus ojos, no podía dejar de mirar sus ojos.

Grité. Grité tan fuerte como pude. Cerré los ojos y grité.

Al abrirlos de nuevo, José María y Asun estaban delante de mí, preguntándome que qué me pasaba.

Asun me dijo que había empezado a gritar como un loco y que por más que me hablaban o zarandeaban, no conseguían que parara.

Sin decir ni una palabra, salí corriendo de la tienda.

Recuerdo que estuve corriendo un buen rato. ¡Dios!, me estaba volviendo loco.

Me detuve junto a un parque que había a 15 o 20 minutos de casa. No sabía lo que hacer. Tenía que conseguir que alguien me ayudara. Por mí mismo, no sería capaz de quitarme todo aquello de la cabeza.

Saqué el teléfono y llamé a Jaime. Tras muchos tonos de llamada, me acabó saltando el contestador.

Colgué y repetí la llamada. El mismo resultado.

Me adentré en el parque, me senté en un banco y volví a llamar. De nuevo el dichoso contestador.

Levanté la cabeza y vi delante de mí, a un par de metros, como dos palomas picoteaban el suelo en busca de comida. Me quedé hipnotizado mirando el típico comportamiento tonto de aquellos pájaros.

De repente. Una de las dos, comenzó a picotear a la otra en la cabeza. Una y otra vez, golpeaba con su pico al otro animal que permanecía inmóvil y sin defenderse.

Los golpes fueron cada vez más seguidos y contundentes hasta que llegó un momento en el que el animal agredido se desplomó.

La otra paloma, aprovechó el momento para colocarse encima y continuar picando. Pero esta vez, con una agresividad descomunal.

Con el incesante picoteo, arrancó los ojos al ya cadáver del otro animal. Le reventó el pecho y empezó a destriparla. Hundía la cabeza en su cuerpo una y otra vez para arrancar de cuajo su interior.

Todo se empezó a llenar de sangre. Me empecé a poner nervioso al ver que aquella escena dantesca no paraba.

Di un pisotón en el suelo acompañado de un, ¡Eh!, para intentar abuyentar a aquel bicho asesino.

Entonces paró. Se quedó inmóvil unos segundos sobre el cuerpo de su igual y de espaldas a mí.

Repetí el pisotón. Pero, en vez de asustarse y echar a volar, giró sobre sí misma con tres o cuatro pasitos rápidos, dio un salto hasta el suelo y comenzó a andar hacia mí.

Cuando estaba relativamente cerca, aceleró el caminar y se colocó entre mis piernas.

Empezó a rozarse en mi pantalón. Como si se limpiara la sangre del otro animal frotando la cabeza y el cuerpo contra la tela de mi pantalón.

No me dio tiempo de reaccionar. Cuando quise darme cuenta, tenía los pantalones y los zapatos llenos de sangre.

Me levanté del banco sobresaltado y salí del parque lo más rápido que pude.

Mientras caminaba, giré un par de veces la cabeza hacia el banco donde había estado sentado. Sobre su respaldo, aquella paloma me seguía mirando mientras me alejaba.

De repente sonó el móvil. Era Jaime.

Descolgué y sin dejarle hablar, le empecé a explicar todo lo que me estaba ocurriendo. Lo del bar, lo de la tienda, la caja con la soga, la paloma.

Jaime me pidió que me tranquilizara e insistió en que fuera a verlo de inmediato. Me haría otras pruebas y así, todo se aclararía.

Llegué al hospital. Atravesé la sala de espera y abrí la puerta de la consulta de Jaime. Entré y me senté en la silla que tenía delante de su mesa, sin ni siquiera percatarme de que, sobre la camilla de la consulta, Jaime, tenía un paciente al que estaba visitando.

Con un semblante serio, Jaime me miró de arriba a abajo, haciendo una pausa con la vista en la parte baja de mis pantalones llenos de sangre. Se me acercó y me dijo con un tono calmado como siempre si podía esperar un segundo fuera.

Me levanté sin decir nada y salí a la sala de espera.

Me quedé de pie junto a su puerta. Nervioso. No veía el momento de entrar para poder explicarle todo. Para mí, Jaime era la única solución a mi locura.

A los pocos minutos, se abrió la puerta de la consulta.

Casi sin dejar salir al paciente al que acababa de interrumpir, entré y volví a sentarme en la silla frente a Jaime.

Empecé a hablar. Le conté todo. Todo y con todo detalle.

Después de mi macabro monólogo, Jaime resopló. Se quedó callado un momento y volvió a resoplar mientras levantaba el teléfono que tenía sobre la mesa y le decía a no sé quién, que preparara de inmediato la máquina para hacerme un Tac en la cabeza.

Colgó el teléfono. Me miró y cogiéndome la mano me dijo que me tranquilizara, que íbamos a llegar al final del asunto. Que todo se iba a arreglar.

Salimos juntos de su consulta y me acompañó a la planta de radiología. Atravesamos un largo pasillo y al fondo, frente a un mostrador, ya nos estaba esperando un joven, con la típica bata blanca de médico y su identificación colgada en la parte superior del bolsillo. Dr. Gálvez. Radiólogo.

Aquel joven, me dijo que entrara en la sala que teníamos justo delante. Que me desvistiera, me quitara todo lo metálico que llevaba y me pusiera la bata verde que había sobre la silla de la entrada. Que me atendería cuando estuviera preparado desde la otra puerta.

Miré a Jaime. Él, clavó su mirada en mis ojos y me dijo que no me preocupara por nada, él estaría en la otra sala viendo los resultados en pantalla.

Tras un interminable rato encerrado en aquel tubo, con ese terrible martillar en la cabeza, todo se paró. La especie de bandeja rígida y fría donde estaba tumbado se deslizó sacándome de aquel túnel.

Abí fuera, ya me esperaba el Dr. Gálvez.

Ya estamos, me dijo. Me acompañó de nuevo a la puerta del pequeño cambiador y me explicó que los resultados ya los tenía Jaime en el sistema, que me vistiera y saliera de nuevo al pasillo.

Una vez vestido, abrí la puerta que daba al pasillo y me encontré de nuevo con Jaime.

Volvímos a su consulta y nos sentamos otra vez frente a su mesa.

Jaime empezó a mirar en su ordenador. Mientras revisaba minuciosamente los fotogramas de mi cabeza, iba tomando anotaciones.

Me mantuve en silencio. Aunque tenía unas ganas terribles de preguntarle si veía algo raro, prefería no molestar. Tenía que dejarle hacer su trabajo.

Después de un buen rato, Jaime dejó su bolígrafo sobre la libreta en la que estaba tomando anotaciones, resopló una vez más y me dijo que él no veía nada. Todo estaba correcto. En el Tac, no se veía nada que pudiera ser la causa de lo que me estaba pasando.

Sin dejarme hablar, levantó nuevamente su teléfono y llamó al Dr. Martínez, psiquiatra amigo suyo.

Sin omitir detalle alguno, le explicó punto a punto todo lo que yo le había contado.

Mientras hablaba, me iba mirando esperando mi gesto de aprobación con la cabeza a cada una de las extrañas situaciones que iba relatando.

Cogió de nuevo su bolígrafo y anotó algo en su libreta. Asentía con la cabeza, como reafirmando algo de lo que le estaban diciendo. Finalmente, antes de colgar, le dijo a su colega que ahí estaríamos en un rato. Que él mismo me acompañaría.

Tras colgar. Me dijo que su colega me había hecho un hueco y que cuanto antes llegáramos, antes nos atendería.

Bajamos al parking donde Jaime tenía el coche y salimos hacia la consulta de su amigo el psiquiatra.

Durante el tiempo que duró el trayecto, le pregunté por lo que había anotado en la libreta mientras hablaba con su colega. Jaime, me respondió que había apuntado la palabra neurotransmisores. Que eran los responsables de que las neuronas se comunicaran correctamente entre ellas, si había algún tipo de desequilibrio, podía ser el causante de lo que me estaba pasando.

Su colega, era un experto en esquizofrenias y le había propuesto probar a modo de choque, con un fármaco experimental que seguro me ayudaría.

No tardamos más de 15 minutos en llegar a la consulta del psiquiatra.

Era una consulta privada, habilitada en la planta baja de un tremendo caserón.

La visita duró poco. El Dr. Martínez me dio un frasco de pastillas junto con las indicaciones de cómo tomarlas escritas en un post-it y me citó al lunes de la semana siguiente a las siete de la tarde.

Salimos de allí y Jaime me dejó en la puerta de casa. Nos despedimos dentro del coche con un apretón de manos mientras me aseguraba que todo iba a ir bien, que me tomara la medicación tal y como estaba indicado en el papel y me fuera a la cama.

Salí del coche, abrí la puerta del portal y subí a casa.

Me puse cómodo. Cogí el papelito del psiquiatra y lo puse en la nevera aguantado con un pequeño imán del escudo del capitán América. Miré el reloj. Eran casi las nueve de la noche.

Las indicaciones decían que antes de irme a dormir, me tenía que tomar dos de aquellas pastillas.

Las saqué del bote, llené un vaso de agua y me senté en mi butacón.

Llevé las dos pastillas a mi boca y con un gran trago de agua apurando el vaso, me las tomé.

Encendí la tele y empecé a pasar canal tras canal hasta que me llamó la atención uno de esos programas rarísimos del canal Dkiss. El programa se llamaba “Menuda es mi suegra”. No tengo claro si fue por las pastillas o por ese momento de tranquilidad tras el estrés que tenía acumulado, pero cada vez me noté más relajado. Relajado y feliz. Incluso había momentos en los que las situaciones que planteaba el programa entre ese pobre tío y la bruja de su suegra, me sacaban una sonrisa.

Estaba muy cansado. Agotado y casi con toda seguridad, medio drogado.

Me levanté de mi butacón, fui al baño y me acosté.

Aquella noche, de nuevo, dormí como jamás lo había hecho.



Capítulo 6. Ana.

Al día siguiente me despertó el teléfono. Tenía la mala costumbre de no ponerlo en silencio cuando me iba a la cama. Y claro, tal y como me había acostado la noche anterior, era imposible que pensara en hacerlo.

Era Jaime. Estuvimos hablando un buen rato. Le expliqué que las pastillas me habían relajado mucho. Que había dormido genial y que parecía que me había levantado con otro ánimo.

Después de hablar con Jaime, me levanté, me hice un café con leche y miré el papelito de la nevera.

Por la mañana, junto con el desayuno, una pastilla.

Me la tomé con el último trago de café con leche, me puse la chaqueta y salí a la calle.

Quería pasar por el súper de José María y Asun. De alguna forma me quería disculpar y darles algún tipo de explicación por lo ocurrido.

Entré y me encontré a José María en la caja. Nada más verme me preguntó cómo me encontraba.

Le expliqué que estaba pasando una mala racha provocada por nervios o estrés, pero que lo estaba intentando solucionar. Que me estaban tratando y que con la medicación que acababa de empezar a tomar, iría todo bien.

Me disculpé por lo del día anterior. Sentía mucho si los había asustado.

José María, me dijo que estuviera tranquilo, que por ellos no me preocupara, que no pasaba nada. Que, sin dudarlo, si necesitaba cualquier cosa, solo tenía que decirlo.

Le pregunté por Asun. Quería disculparme también con ella. José María me dijo que estaba al fondo de la tienda, en la zona de carnicería.

Al igual que José María, Asun quitó hierro al asunto y me ofreció su apoyo.

Salí de la tienda y pensé. Para empezar bien el día, que mejor que un par de cruasanes de la panadería de la señora Paquita.

Llegué a la panadería. Compré los dos cruasanes y volví a casa.

Prácticamente llegando al portal, me encontré con Ana.

Ana, era una chica a la que había conocido al año más o menos de morir mi mujer.

En aquel entonces, me había picado la curiosidad con eso de las redes sociales y las aplicaciones de citas.

Nos habíamos visto tres o cuatro veces. La verdad es que lo habíamos pasado bien. Incluso, habíamos llegado a intimar.

No recuerdo muy bien porqué, nos dejamos de hablar y nos habíamos perdido la pista.

Estuvimos hablando un buen rato ahí, en la calle.

Ana se mostró muy receptiva y claro, yo también con ella. Era una chica muy zalamera. Te hablaba siempre con una sonrisa en la cara. Acompañaba su simpática conversación con gestos acentuados. Te iba tocando mientras hablaba.

En un momento de la conversación, Ana me insinuó que la podía invitar a un café en mi casa. Que, ya que llevaba el desayuno y estábamos ahí, para que desperdiciar esa oportunidad.

Sin dudarle, le dije que sí.

Subimos a casa. Preparé un cortado para Ana y un café con leche para mí. Coloqué en una bandeja los dos cruasanes, los cafés y el azucarero y nos pusimos a desayunar en la mesa de la cocina.

Hablamos. Charlamos durante horas.

Seguía siendo tal y como yo la recordaba. Risueña como siempre. Simpática.

En un momento de la conversación, Ana se levantó de la silla, se plantó delante de mí y me besó.

Reaccioné como tenía que reaccionar. Alargué aquel beso mientras también me levantaba de la silla.

Seguimos besándonos, cada vez más apasionadamente.

Sin soltarnos el uno del otro, llegamos a la habitación, no sin antes, tropezar con la mesa del comedor y con mi butacón.

Nos tumbamos en la cama y empezamos a desnudarnos mutuamente.

Entre beso y beso, Ana me susurró al oído que le diese un momento, que tenía que ir al baño.

Se quitó de encima, se bajó de la cama y en braguitas y sujetador se metió en el baño y cerró la puerta.

Escuché como abría el grifo de la bañera.

Me quedé esperando tumbado en la cama. Reclinado hacia un lado mirando la puerta. Escuchando como el agua caía, e imaginando como lo hacía sobre su cuerpo. No aparté la vista de la puerta. Quería ver como salía y venía hacia mí.

Pasó un buen rato. Me extrañaba que tardara tanto. Me incorporé y me senté en el borde de la cama, sin dejar de mirar la puerta.

Era muy raro. Tardaba mucho.

Desde ahí mismo, le pregunté alzando ligeramente la voz si iba todo bien, pero Ana no me contestó.

Me levanté. Me acerqué y pegué la oreja a la madera con la intención de escuchar algo.

Agua. Solo se escuchaba el sonido del agua llenando la bañera.

Di un paso atrás, cogí la maneta de la puerta y la abrí.

¡No!, Ana estaba dentro de la bañera. Estaba totalmente sumergida e inmóvil.

Me abalancé sobre ella, la saqué como pude y la estiré en el suelo.

Intenté reanimarla. Lo intenté una y otra vez, pero fue imposible. No pude hacer nada.

No sabía lo que hacer. Estaba tan nervioso y confundido.

Llamé a Jaime y le expliqué lo que acababa de pasar. Él, me dijo que llamara a la policía, que salía de la consulta y venía para mi casa.

Llamé a la policía. Me dijeron que no tocara nada y que no me marchara de casa bajo ningún concepto, que mandaban una patrulla.

Me senté en mi butacón. Nervioso. Me temblaban las manos.

No podía evitar girar la vista una y otra vez hacia la puerta del baño.

La espera se me hizo eterna.

Jaime llegó antes que la policía. Le abrí la puerta todavía en calzoncillos y le abracé.

Sin pasar del recibidor y sin poder parar de llorar, le expliqué lo que había pasado. Que me había encontrado con Ana y habíamos subido a casa. Que nos habíamos metido en la cama, que ella se había ido al baño y que como tardaba mucho, había ido a ver si estaba bien y me la había encontrado así. Que había llamado a la policía tal y como él me había dicho y me habían dicho que no tocara nada.

Jaime me puso las manos en los hombros y me preguntó si Ana, era la chica con la que había salido alguna vez hacía un par de años.

Al decirle que sí, se quedó paralizado. Se mantuvo ahí, delante de mí sin decir nada unos segundos. Mirándome, negó con la cabeza, se dio media vuelta y entró al baño.

Me quedé en el recibidor, llorando y temblando. No podía ni dar un paso hacia el interior del piso.

En ese momento llegó la policía. Lo único que pude hacer fue señalar hacia dentro, en dirección hacia donde se encontraba el cuerpo de Ana.

Entraron dos policías y otros dos se quedaron conmigo en el recibidor.

Al momento, empecé a escuchar como uno de los policías que había entrado, le recriminaba a Jaime si se trataba de una broma de mal gusto. Medio gritando, el otro le decía, que era muy grave llamar inventándose algo así.

Lentamente, empecé a caminar hacia donde aquellos dos agentes seguían discutiendo con Jaime. Pasé entre ellos apartándolos de mi paso sin ni siquiera mirarlos y entré en el baño.

Ahí no había nadie. Estaba completamente vacío y ordenado como siempre.

Salí y miré el suelo de la habitación donde, a pie de la cama, tendría que haber estado la ropa de Ana, pero nada. No había nada.

Volví hacia el comedor sin decir nada y me senté en mi butacón. Me quedé sentado. Sin moverme. Simplemente mirando al suelo y llorando. No podía parar de llorar.

Jaime, acabó de hablar con la policía, los acompañó a la puerta y se despidió de ellos nuevamente con una disculpa.

Cerró la puerta y se acercó donde yo estaba. Cogió una silla y se sentó frente a mí.

Reclinándose ligeramente, me cogió las manos y me explicó que Ana, la chica con la que había estado hacía un par de años, había muerto el verano pasado. Se había abogado mientras estaba de vacaciones con un grupo de amigos.

Levanté la mirada hacia Jaime y le dije que se marchara. Prefería estar solo.

Jaime se levantó, colocó la silla de nuevo en su sitio y caminó hacia la puerta. Se detuvo un segundo justo antes de abrirla y me dijo, que si me volvía a pasar algo parecido que le llamase.

Asentí con la cabeza mientras veía como abría la puerta y se marchaba.

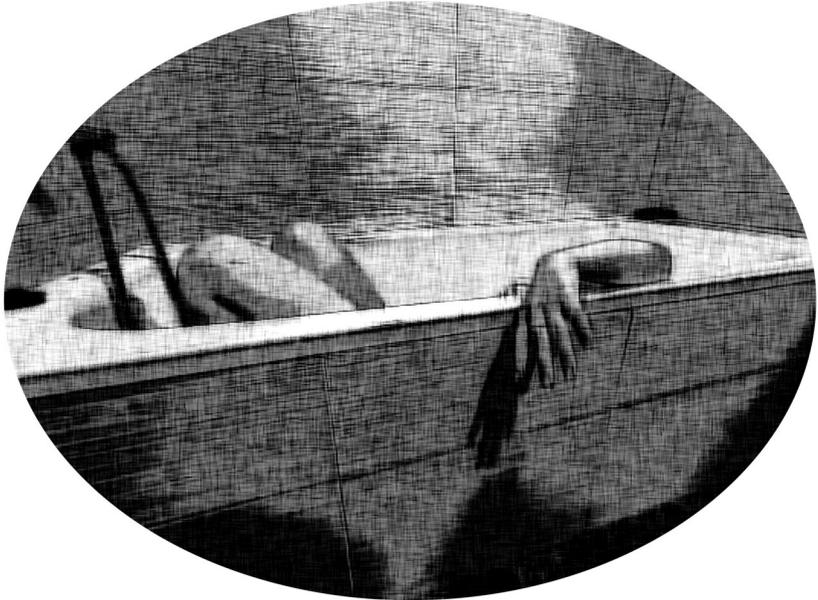
No pensaba llamar a nadie. Me estaba volviendo loco y nadie podía hacer nada.

Me levanté del butacón, cogí el frasco que me había dado el psiquiatra y me metí en la boca cuatro o cinco pastillas.

Me tumbé en la cama mirando hacia el techo mientras las masticaba, pensando y dándole vueltas a todo. Tenía que dormir.

Desde que empezó todo, solo había estado tranquilo mientras dormía.

Al poco rato de estar en la cama, la tensión y los nervios empezaron a desvanecerse. Las pastillas me relajaban. Los ojos empezaban a ceder. Y así, mirando al techo y pensando, me quedé dormido.



Capítulo 7. Otro golpe.

Me despertó un fuerte golpe.

Miré el reloj y vi que eran las tres de la madrugada. Había dormido toda la tarde y parte de la noche.

De nuevo, el mismo ruido. Me incorporé para intentar averiguar de dónde venía. Me quedé sentado en la cama, mirando hacia la oscuridad de la habitación.

¡Otra vez! En esta ocasión, me dio la sensación de que venía del piso de al lado. Del piso de la señora Antonia.

Me levanté de la cama y fui hasta la pared que daba al piso contiguo, justo al lado de la puerta de la calle.

¡Otro golpe! Abrí la puerta y me coloqué delante del piso de la señora Antonia.

¡Otra vez! Claramente venía de dentro de esa casa.

Tímidamente, golpeé la puerta con los nudillos.

Todo se quedó en silencio hasta que de repente, escuché la risa de una mujer y unos pasos que se alejaban corriendo desde la misma puerta hacia el interior.

La inercia de intentar escuchar más de cerca lo que pasaba, hizo que apoyara las manos sobre la puerta, que se abrió nada más tocarla.

Acabé de acompañar su recorrido y la abrí de par en par. Tímidamente, di un paso hacia dentro mientras le preguntaba a la señora Antonia si le pasaba algo. Que no se asustara, que era el vecino.

Delante de mí, un largo y oscuro pasillo. Al fondo, la silueta de la señora Antonia, quieta, inmóvil.

Di un segundo paso. En ese momento, aquella silueta desapareció corriendo hacia la izquierda del pasillo mientras de nuevo, se volvían a escuchar esas risas y esos pasos rápidos y descalzos sobre el suelo.

Empecé a caminar y giré hacia el lado por donde la había visto desaparecer.

Justo al girar, desde atrás, algo me agarró por el cuello. Algo rodeaba mi garganta y empezaba a tirar de mí.

Con una fuerza brutal, lo que fuera que me estaba agarrando, me tiró al suelo y empezó a arrastrarme por aquel pasillo hacia la puerta de salida.

No podía hacer nada, solo intentar agarrarme de lo que tenía alrededor del cuello para que no me abogara.

Pasado el umbral de la puerta, todo se detuvo.

Quedé tumbado boca arriba con la mitad de mi cuerpo ya fuera de aquel piso y con las manos sujetando fuertemente lo que tenía alrededor del cuello.

Lo que fuera que me estaba agarrando me soltó. Incliné la cabeza hacia atrás para intentar ver que era lo que había estado tirando de mí. Y ahí detrás, casi tocando mi cabeza, estaba la señora Antonia en cuclillas con toda la cara ensangrentada. Miraba hacia la nada y se frotaba las manos por la cara una y otra vez, manchándose cada vez más de sangre. Me fijé en sus manos y vi que le faltaban dos dedos en una. Los tenía cortados con un corte limpio y perfecto.

De repente. Paró de moverse. Apartó las manos de su cara, dirigió la mirada hacia mí y empezó a reír.

Reía y reía sin parar mientras me miraba. Carcajeaba cada vez más fuerte clavando su mirada en mí.

Cerré los ojos y al volver a abrirlos, me encontré de nuevo en la cama. En la misma posición en la que me había quedado dormido. Mirando al techo.

Miré el reloj. Eran casi las 6 de la mañana. Había sido una pesadilla. Una terrible pesadilla que me había despertado totalmente acelerado y con el corazón en un puño.

Levanté el cuerpo con la intención de bajar de la cama y entonces lo noté. Algo tiraba de mí.

Asustado, encendí la luz.

Alrededor del cuello, tenía la maldita soga que me había traído aquel transportista.

Desesperado, me la quité como pude y la tiré sobre la cama.

Me levanté sobresaltado quedándome de pie, mirando hacia la pared donde se apoyaba el cabecero.

Ocupando toda aquella pared, escrita con sangre y aparentemente con las manos, la palabra “hazlo”.

Prácticamente inmovilizado, empecé a escuchar un timbre familiar. Busqué con la mirada la procedencia de aquel sonido. Sobre la mesita de noche, la pantalla de mi móvil se iluminaba. De ahí venía aquel sonido.

Me acerqué hacia la mesita y justo cuando estaba a punto de coger el teléfono, me volví a despertar.

De nuevo estaba en la cama. Tumbado boca arriba como al principio. Me llevé las manos al cuello esperando encontrar aquella cuerda. Miré la pared del cabecero esperando ver esas letras, pero nada, no había nada.

Sobre la mesita de noche, la pantalla todavía encendida de mi móvil me llamó la atención. Tenía una llamada perdida de Jaime.

No lo llamé. No pensaba llamar a nadie ni hablar con nadie más. Lo que me estaba pasando no tenía solución.

Eran las 8 de la mañana. Fui a la cocina y me preparé un café con leche.

Cogí un par de pastillas y me las tomé sentado en mi butacón.

Pasado un buen rato, empecé a escuchar ruidos en el rellano de mi puerta.

Un subir y bajar de escaleras acompañando a diferentes voces, entre las que pude distinguir a dos chicos y a una o dos chicas. No estaba seguro.

Me acerqué a la puerta y miré por la mirilla.

Delante, mirando hacia la puerta de la señora Antonia estaba su hija Sonia llorando, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel.

Justo en ese momento, unos sanitarios pasaron desde la escalera hacia el piso de su madre, haciendo que se apartara ligeramente y se apoyara en mi puerta un momento tapando por completo mi mirilla.

Esperé a que se apartara y abrí muy despacio para no asustarla.

Sonia me miró. Se quedó mirándome un segundo, dio un paso hacia mí y me abrazó.

Nos conocíamos de toda la vida. Habíamos sido vecinos muchos años.

Secándose las lágrimas, me explicó, que su madre había muerto esa noche.

Por lo que habían podido ver los sanitarios, se había levantado de madrugada y había ido a la cocina.

Sonia pensaba que para buscar agua.

Había dejado el cubo de fregar en el suelo, cerca de la nevera. Al acercarse para abrirla, se había tropezado con el cubo y se había caído hacia delante, golpeándose fuertemente la cabeza contra la pared que daba a mi recibidor.

En el suelo y muy desorientada, había intentado agarrarse al mármol para levantarse, pero justo donde había apoyado la mano, tenía un trapo

de cocina donde había puesto a escurrir un par de cuchillos, algunas cucharas y una pequeña hacha.

Al estirar del trapo, le cayó todo encima, con tan mala suerte que el hacha, había ido a parar a la mano que tenía apoyada en el suelo y le había seccionado dos dedos con un corte limpio.

Por las manchas de sangre de la pared, los sanitarios creían que había intentado pedir ayuda dando golpes hasta que murió.

Justo al terminar de explicarme lo ocurrido, dos sanitarios de los que había dentro del piso de la señora Antonia, salían de la vivienda llevando en una camilla el cuerpo sin vida de mi vecina. Un tercer sanitario, se dirigió a Sonia y le dijo que le acompañara para empezar con el papeleo.

Sonia, me abrazó de nuevo y se marchó escaleras abajo detrás de ellos.

Entré a casa y fui directamente a mi habitación.

Pasé horas pensando en la pobre señora Antonia. Lo que había tenido que pasar, pobre. Dando golpes sin que nadie le ayudara.

¡Maldita sea! ¡Y yo sin hacer nada!

Sería mejor no acercarme a nadie. Al final solo podía hacerles daño.

Me estaba volviendo loco y nadie tenía que pagar por ello.

Poco a poco las pastillas empezaron a hacer efecto y de nuevo, me quedé dormido.

Capítulo 8. María.

Me desperté casi a las 9 de la noche.

Aunque no tenía hambre, pensé que comer algo no me iría mal. Hacía ya un par de días que, aparte de café con leche y pastillas, no comía nada.

De la cocina, cogí un paquete de galletas de esas que vienen rellenas de chocolate y como siempre, me senté en mi butacón.

Encendí la tele y fui de canal en canal, hasta dar con el programa “Pasapalabra”. La verdad es que era un programa que me gustaba mucho y por qué no decirlo, no se me daba nada mal.

Me acabé el paquete de galletas mientras veía el programa e intentaba solucionar más rápido que el concursante las palabras del roscó.

De nuevo, fui a la cocina, cogí otro paquete de galletas y me preparé un café con leche.

Antes de volver a mi butacón, cogí dos pastillas y me las metí en la boca.

Al girarme para ir de nuevo hacia la tele, en mi butacón, mirándome, estaba mi mujer con su perfecta sonrisa de siempre, mientras que, con el brazo extendido, me invitaba a acercarme a ella para agarrarle la mano.

Flaqueé. Las piernas me fallaron y de las manos se me cayeron las galletas y el café con leche que reventó contra el suelo y se desparramó por toda la cocina.

Me quedé mirando a mi mujer sin decir nada.

Se incorporó sin dejar de sonreírme y sin dejar de ofrecerme su mano mientras me decía que no me asustara, que me acercara a ella.

Dando un paso, la alcancé y la agarré de la mano fuertemente.

¡Su olor! ¡Como echaba de menos su olor!

Me acerqué más y nos quedamos cara a cara. Mirándonos, agarrados lo más fuerte que podíamos de la mano.

Entonces, María, acariciándome la cara con la otra mano, me dijo que no me resistiera. Que no tenía que tener miedo. Que tenía que hacerlo ya.

Acercó su cara a la mía y alzándose ligeramente de puntillas, empezamos a besarnos.

Nos fundimos en un largo y apasionado beso, mientras ella me acariciaba la mejilla y yo disfrutaba otra vez del tacto de su largo y sedoso pelo.

Su pelo... No podía parar de tocar su pelo. Lo acariciaba suavemente una y otra vez, mientras seguíamos con aquel beso de película. Aquel beso que quería que fuese eterno.

Mientras seguíamos besándonos, comencé a notar algo extraño en el pelo de María. Su tacto suave y sedoso iba cambiando y volviéndose más áspero y grueso por momentos.

Aunque quise resistirme, poco a poco, la sensación dejó de ser placentera y se volvió incómoda y agresiva.

Estaba muy incómodo.

Me aparté y abrí los ojos, encontrándome solo en el centro del salón. Con la mano izquierda, donde tenía que estar la mano de María, sujetaba fuertemente una silla y con la mano derecha colocada a la altura de donde debía estar su pelo, agarraba la dura sogá de esparto, que ya colgaba desde el techo, atada a una vieja viga de madera que atravesaba el salón de extremo a extremo.

Aquel fue el momento en el que lo vi todo claro. La única solución para mi locura, era acabar con todo.

No sabía si habría algo más. No sabía si me esperaba alguien. No sabía si lo ocurrido durante esos últimos días había sido real o simplemente fruto de mi locura. No sabía nada.

Lo único que sabía, era que, lo poco que tenía lo estaba perdiendo. Y que, lo más importante que había tenido, me acababa de decir que no pasaría nada, que no tuviera miedo.

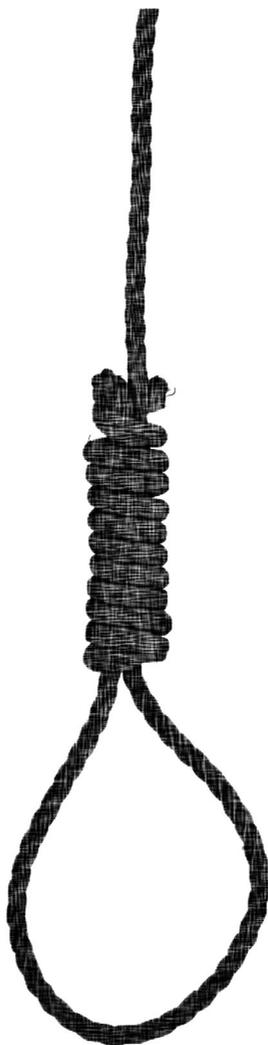
Así que, tomé la decisión.

Centré la silla justo debajo de la sogá y me subí. La acerté dándole un par de vueltas alrededor de la viga y me puse el nudo corredizo en el cuello.

Miré por última vez mi butacón y con un brusco gesto empujando con las piernas, volqué la silla hacia un lado, quedando colgado.

No me intenté resistir. Noté como la presión de la cuerda estrangulaba mis venas y arterias. El crujir de mis vértebras empezó a retumbar en mi cuello. Todo mi cuerpo comenzó a ceder hasta que poco a poco, todo se fue apagando.

Un momento final de paz se apoderó de mí, contrapuesto con una última contracción de mis pulmones intentando salvarme. Morí.



Capítulo 9. Buen entorno laboral.

Recobré el sentido insuflando aire en mis pulmones bruscamente, como cuando alguien sale de debajo del agua y necesita respirar con urgencia.

De nuevo, me encontré frente al Sr. Keres. Sentado otra vez delante de su mesa en aquella enorme sala llena de cuadros.

El Sr. Keres, me invitó a que me levantara y le siguiera mientras arrancaba a andar hacia la parte trasera de la sala. Me comentó que me esperaban hacía un par de días, que había tardado más de lo esperado en llegar.

Ya al final de la sala, nos detuvimos delante de una puerta en la que se leía en una plaquita de color oro, la palabra “Limbo” escrita en letras negras.

Abrió la puerta y dejándome espacio para que pasara primero, me dijo que entrara, que ese sería mi despacho.

Una vez dentro me invitó a tomar asiento. Me tenía que explicar muchas cosas.

Presidiendo el despacho, una gran mesa con un sillón de piel idéntico al de la sala anterior y dos sillas de madera a su otro lado.

La inercia, hizo que fuera directamente hacia una de las dos sillas de madera y la moviera ligeramente para sentarme.

El Sr. Keres me dijo que no, que mi sitio era en el otro lado de la mesa, que me tenía que ir acostumbrando.

Nos sentamos. Esperó un instante a que me acomodara en aquel sillón y entonces, me lo explicó todo.

Él, era el Sr. Keres, como yo ya sabía. Existía desde el principio de los tiempos.

Su figura era omnipresente, aunque su labor, no la realizaba él solo, ya que se gestionaba dividida en diferentes sectores y por diferentes gestores. Él, era el gestor del sector 1.

No siempre tenía el mismo aspecto físico. Cada cierto tiempo se renovaba.

Había tenido muchos nombres, dependiendo de la época y del lugar. Aunque, el nombre más común en todas partes era “la Muerte”.

Su labor era fácil, o por lo menos eso decía él.

Cuando a alguien le llegaba el momento de su muerte, se personaba en el lugar. Desde ese preciso instante, la Muerte, disponía del tiempo que fuera necesario, aunque imperceptible para los vivos, para decidir si esa persona tenía que morir o tenía que vivir.

El tiempo que tardara en tomar la decisión era imperceptible para los vivos, porque el tiempo en el que vivía la muerte era eterno. De esa forma, una milésima de segundo para un vivo, correspondía al tiempo que la muerte necesitara para hacer su trabajo.

Para tomar decisiones, empleaba un instrumento que habían ido perfeccionando con el paso del tiempo, adaptándolo a las tecnologías de cada época.

El Sr. Keres, sacó del bolsillo derecho de su chaleco, lo que parecía un simple reloj de bolsillo, que colgaba de una cadena enganchada a un botón del propio chaleco.

Mostrándomelo de cerca, me explicó que, cuando tenía que intervenir, se personaba en el lugar de los hechos y ahí era cuando utilizaba el reloj. Girando su corona, moviendo sus agujas hacia delante, podía ver como la muerte de esa persona iba a afectar a la gente de su entorno en el futuro. No hablaba de pena ni tristeza por la propia muerte. Hablaba de ser realmente importante para alguien.

Si seguir viviendo, iba a contribuir a su entorno de una forma lo suficientemente necesaria, esa persona no moriría.

Para que todo me quedase más claro, me puso un ejemplo y me explicó el último caso que había atendido.

Juanjo Mirón. 55 años. Infarto.

La Muerte se presentó en el lugar. El reloj, le mostró que Juanjo era necesario e imprescindible para sus dos hijos. Marc de 18 años y Julia de 14.

Se había separado de su mujer hacía unos años.

Trabajaba en la obra y de vez en cuando, hacía alguna ñapa para un amigo que le iba buscando faena y así llegaba a final de mes.

La única ayuda que tenía, era la de su madre, aunque empezaba a ser ya muy mayor.

Los fines de semana, los dedicaba al fútbol de su hijo, al vóley de su hija y a ayudar en un comedor social.

Claramente, Juanjo tenía que vivir. Me dijo.

Si se daba ese caso y la persona tenía que vivir, ahí acababa todo y yo, no tendría que intervenir.

Ahora bien. En el caso de que la Muerte decidiera que la persona a la que le llegaba el momento tenía que morir, se generaba una moneda de color negro en el interior de su reloj que la Muerte me entregaría a mí, y yo, la debería introducir en la parte trasera de otro reloj de bolsillo idéntico al suyo que yo llevaría, justo en un hueco habilitado para ello. Con esa moneda negra encajada en la parte trasera de mi reloj, yo, debería mover sus agujas hacia atrás, para así ver si la vida de esa persona hasta ese momento, había sido lo suficientemente buena y beneficiosa para su entorno como para salvar su alma.

Si decidía que sí, esa moneda negra se transformaba y se volvía de color plateado. Eso querría decir que esa alma se reciclaba. Volvería a ser utilizada.

Si decidía que no, la moneda desaparecía y, en consecuencia, esa alma se desechaba para siempre.

La moneda resultante cuando se decidía reciclar un alma, se guardaba en una pequeña caja también plateada, a la que el Sr. Keres llamó la caja del vacío.

El Sr. Keres se levantó y de un armario que había en un lateral del despacho, sacó una de las cajitas que ahí había y me la puso delante.

Todas las cajas del vacío, se almacenaban en la sala de Almas y las almas que contenían, se reutilizaban de forma aleatoria, aunque ese era un departamento del que no nos tendríamos que preocupar ni él ni yo.

Sin volver a tomar asiento, el Sr. Keres me dijo que le siguiera, me quería enseñar las instalaciones mientras seguía con las explicaciones.

Le seguí y salimos de nuevo a aquella gran sala llena de gente.

Nada más vernos, la chica morena de pelo liso y gafas de pasta, se dirigió hacia donde estábamos nosotros.

El Sr. Keres hizo las presentaciones.

Ella era Andrea. Era la responsable de sala del sector 1.

Andrea, nos acompañó durante el recorrido, mientras ella misma nos iba explicando las funciones que se desarrollaban en esa sala.

A grandes rasgos, me explicó que ellos se encargaban de cursar las entradas de las almas a reciclar o desechar más obvias.

Se detuvo un segundo y me mostró la carpeta que llevaba en las manos.

Correspondía al dossier de Daniel. Un crío de cuatro años.

Daniel, había cruzado la carretera mientras jugaba con la pelota en el trocito de jardín que sus padres tenían en casa y lo había atropellado un coche.

Me explicó que ese tipo de casos no necesitaban ser analizados por nosotros. Lógicamente, Daniel no había tenido opciones y su alma, se volvía a reciclar.

De igual forma, los casos totalmente contrarios como por ejemplo asesinos, delincuentes, personas malas en general, tampoco necesitaban de nuestra intervención. Esas almas se desechaban directamente en sala.

Continuamos con el recorrido y llegamos frente a una puerta de madera oscura. Me fascinó la complejidad del tallado que ostentaba. Relieves de arriba abajo, donde se mostraban diferentes pasajes, en el que el reloj de bolsillo y las monedas eran los protagonistas.

Andrea se despidió de nosotros y el Sr. Keres continuó con las explicaciones.

Esa habitación era la “puerta de paso”, me indicó.

Cuando Andrea nos entregara el dossier de algún caso en el que tuviéramos que intervenir, el Sr. Keres, abriría la puerta encajando su reloj en un hueco central que ofrecía la propia talla de la madera y en el que el reloj, encajaba perfectamente. Una vez abierta. Los dos debíamos entrar en esa habitación.

La puerta de paso, nos llevaría al momento justo en el que a una persona se le presenta delante el final de su vida, y ahí, utilizando nuestros relojes de bolsillo, tomaríamos las decisiones oportunas.

Continuamos con el recorrido.

Aparte de todo eso, disponíamos de aseos con ducha, un espacio con máquinas de vending con productos de gran calidad, sala de entretenimiento con fútbol y billar, y una gran sala audiovisual con suscripción a todas las plataformas digitales existentes.

Volvimos a mi despacho. Allí, el Sr. Keres abrió la única puerta que faltaba por abrir en su interior.

Adjunto a mi despacho, había un pequeño apartamento a mi disposición, con absolutamente todas las comodidades. Baño de tres piezas con bañera redonda y sistema jacuzzi, cocina completa con vitrocerámica y nevera no-frost de última generación, habitación con cama de 2m x 2m y salón con televisión de 65 pulgadas, mueble bar, sofá cheslong de tres plazas y mi butacón.

Al verlo, miré al Sr. Keres y me sonreí. Este, me devolvió el gesto, con un ligero guiño de ojo mientras ladeaba una leve sonrisa.

Nos volvimos a sentar. El Sr. Keres me dijo que abriera el primer cajón que tenía a mi derecha y que sacara la bolsita de tela negra que había dentro.

Lo abrí y saqué la bolsa.

Haciendo un gesto con la cabeza, me invitó a que sacara lo que había en su interior.

Metí la mano y saqué el reloj de bolsillo que desde ese momento me iba a acompañar.

Me lo quedé mirando. Fijándome y repasando todos los detalles que lo adornaban desde la tapa hasta su parte trasera.

El Sr. Keres, me preguntó si tenía alguna duda. Si quería saber algo.

¿Duda? Las tenía todas, le dije.

Seguimos hablando durante horas.

Me explicó, que la responsabilidad de escoger a un Limbo era únicamente suya, y que me había escogido a mí, por la trayectoria que había tenido en la vida. Porque mi vida, había sido la de una persona normal durante mis primeros años, teniendo siempre buenos pensamientos y aportando siempre buenas y lógicas acciones. Y porque desde que enfermó mi mujer, le había dedicado hasta el alma, llegando a olvidar mi propio bienestar, para hacer su vida algo mejor. Mi perfil era ideal para el puesto.

Además, la muerte de mi mujer había hecho que, aunque yo no me diera cuenta, perdiera las ganas de vivir. No tenía a nadie más a quien ofrecer mi ayuda y claro, perder a un candidato así, era una locura.

Se disculpó por la forma en la que me había reclutado. Me dijo que lamentablemente, llevarme al suicidio era la única forma que tenían de hacerlo. La muerte de la persona que ocupaba el puesto de Limbo, siempre tenía que ser voluntaria y con previo conocimiento de lo que le esperaba, aunque fuera algo tan increíble.

Por mi cadáver no me tenía que preocupar. Ese mismo domingo, Jaime había ido a casa para ver cómo estaba. Al no abrirle la puerta, había subido arriba y me había llamado desde delante de la entrada de mi piso.

Desde ahí, escuchó como mi móvil sonaba en el interior una y otra vez. Se preocupó mucho y llamó a la policía.

Tras explicar a la policía la situación y por lo que yo estaba pasando, forzaron la puerta de casa, encontrándome ahorcado en el salón.

Esa misma tarde, me habían incinerado, depositando mis cenizas en un columbario que el propio Jaime había comprado.

Me extrañó mucho que me hablara del domingo. Mi apreciación era, que llevaba allí solo unas horas.

El Sr. Keres me explicó que el tiempo ya no sería igual para mí que para los vivos. Desde el momento en el que llegué, mi tiempo sería eterno, en consecuencia, se movía de forma diferente. Habría momentos en los que me parecería que transcurría a una velocidad endiablada y otros en los que me parecería que no pasaba.

Capítulo 10. Primera decisión.

Mientras estábamos hablando, Andrea entró en el despacho y dejó sobre la mesa dos dosieres para mí y dos para el Sr. Keres.

Él, los cogió de inmediato, se levantó y me dijo que los cogiera yo también, pero que no los mirara todavía. Y que bajo ningún concepto me olvidara de coger el reloj.

Era el momento. Abí empezaba mi trabajo.

Salimos del despacho en dirección a la “puerta de paso”. Una vez delante, el Sr. Keres colocó su reloj en el centro de la misma, encajándolo en el perfecto y exacto hueco que ofrecía aquella hermosa y laboriosa talla.

La puerta se abrió, dejándonos delante un profundo espacio totalmente oscuro.

Entramos los dos. El Sr. Keres cerró la puerta, parando un segundo justo antes de encajarla por completo. Con su voz tranquila y amable me dijo que no me preocupara. Que, sin ninguna duda, estaría a la altura.

Terminó de cerrar la puerta.

Delante nuestro, la infinita oscuridad se fue transformando. Desde el horizonte hacia nosotros, describiendo una perfecta perspectiva en punto de fuga, la luz fue creciendo cada vez con más velocidad, hasta iluminar por completo todo nuestro entorno. Tras un último destello cegador, nos encontramos de pie, en el arcén de una carretera secundaria de no sé qué sitio, justo en el momento en el que un coche que iba a gran velocidad perdía el control y empezaba a dar vueltas de campana.

En la tercera vuelta de campana, momento en el que pasaba junto a nosotros, el tiempo se ralentizó bruscamente. Se paró casi por completo, dejando a aquel coche congelado en el aire, de lado a la carretera y con las ruedas mirando hacia nosotros.

El Sr. Keres, se dirigió hacia el vehículo, y se colocó justo al lado de la puerta del conductor.

Sacó su reloj del bolsillo y comenzó a mover sus agujas hacia delante mientras lo miraba y analizaba lo que veía con extrema atención.

Desde donde yo estaba, no llegaba a ver el interior del vehículo, aunque casi que lo prefería. Me daba miedo pensar en lo que me iba a encontrar cuando me acercara a él.

Me mantuve quieto en el arcén. Simplemente mirando sin hacer nada.

Pasado un rato, el Sr. Keres me miró y negó con la cabeza, confirmándome que el primero de los integrantes de aquel vehículo no iba a salvarse.

Con una calma envidiable, imagino que curtida por el paso del tiempo, dio la vuelta al coche por delante y se colocó al otro lado, realizando la misma operación con su reloj.

De nuevo, empezó a analizar lo que veía y de nuevo, ladeando la cabeza, me indicó que el copiloto tampoco iba a sobrevivir.

Sin moverse de donde estaba, me dijo que era el momento, pero, que mirase los dossieres antes de acercarme al vehículo.

Los miré. No salía de mi asombro. No podía creer lo que estaba leyendo. Los pasajeros que había dentro de aquel coche, eran Jaime y su mujer.

Según explicaba el informe, habían salido de la reunión en el despacho del abogado de Carmen.

Jaime tenía que recoger algunas cosas de la casa que tenían en la playa y Carmen, se había ofrecido a llevarlo y traerlo.

De camino a la casa habían empezado a discutir. El nerviosismo de la situación, había hecho que Carmen fuera cada vez más rápido. En el momento más acalorado de la disputa, las ruedas del coche rodaron sobre la banda sonora previa a la calzada, asustando a Carmen. Esta, había dado un brusco volantazo descontrolando el coche, que comenzó a dar vueltas de campana.

Me quedé mirando al Sr. Keres.

No me dijo nada. Simplemente se quedó quieto. Mirándome impasible.

Me acerqué a él. Con lágrimas en los ojos le pregunté si no había ninguna otra opción. Si era inevitable que murieran.

Él, me dijo que no se podía hacer nada más. Si vivían, iban a pasar un infierno. Primero por sus lesiones, que provocarían que Jaime quedara en una silla de ruedas y que a Carmen le tuvieran que amputar una pierna y quedara completamente desfigurada. Además de eso. El odio entre ellos, los iba a acompañar el resto de sus vidas, afectando también a sus seres queridos.

No podía hacer otra cosa.

Nos quedamos quietos. Mirándonos sin decirnos nada.

Entendí que con ese silencio lo que quería el Sr. Keres, era que yo hiciera mi trabajo.

Agaché la cabeza y caminé hacia la parte del conductor, donde se encontraba Carmen.

El Sr. Keres, extendió el brazo y dejando la palma de su mano hacia arriba me ofreció la moneda de Carmen.

Saqué mi reloj del bolsillo, encajé la moneda en su parte trasera y lo miré. Acerqué mis dedos a la corona y la empecé a rodar suavemente hacia atrás. En cuanto las agujas del reloj notaron el primer empujón, una consecución de imágenes empezaron a entrar en mi cabeza. Al principio, iban tan deprisa que no conseguía distinguir nada, aunque sí me dio la sensación de que iban rebobinando desde el momento del accidente hacia atrás.

Poco a poco, se fueron pausando y mi cerebro empezó a entenderlas.

Pude ver a Carmen de niña, en casa con sus padres, siempre feliz y risueña. Con sus amigos en el colegio, en el instituto y en la universidad. Su primer beso. Su primera borrachera. Su boda con Jaime, a la que habíamos asistido María y yo. Su viaje de novios a la República Dominicana. Muchos momentos ayudando a su padre, que había enfermado de ELA muy joven. Muchos días malos llorando con su madre, pero intentando animarla siempre. Alguna de las veces que habíamos quedado los cuatro para ir al karaoke. A ella le encantaba, aunque cantara fatal.

De repente, las escenas empezaron a ser más grises y tristes.

Una y otra vez entraban en mi cabeza secuencias en las que Carmen y Jaime discutían. Gritos, malas palabras y desprecios.

El contenido de las proyecciones empezó a subir de tono hasta que, en una de ellas, Carmen, aparecía atemorizada por completo, mientras Jaime le pegaba.

A partir de ese momento, todas fueron una repetición de la anterior.

Años y años de palizas, amenazas, vejaciones y malos tratos por parte de Jaime.

No pude continuar. Dejé de mover las agujas del reloj. Ya había tenido suficiente.

Recuperé la conciencia de mi entorno real y me dirigí donde estaba el Sr. Keres. Giré el reloj y le entregué la moneda de Carmen que ya era de color plateado.

No hacía falta que hiciera nada. El reloj me entendía, me escuchaba, sentía todo lo que yo sentía y sabía cuál era mi verdadera decisión.

Levanté la palma de la mano exigiendo al Sr. Keres la moneda de Jaime. La encajé en el reloj, me coloqué al lado de la puerta del copiloto y empecé a girar las agujas del reloj.

Falsedad. Rabia. Envidia. Odio.

Paré de mover las agujas y giré el reloj, viendo que la moneda de Jaime había desaparecido.

Miré al Sr. Keres. Este, guardó cuidadosamente la moneda de Carmen en la caja del vacío, mientras me dedicaba un gesto de resignación y asentía ligeramente con la cabeza. De nuevo cogió su reloj y pulsó su corona.

Como en un abrir y cerrar de ojos, nos encontrábamos otra vez en la sala oscura. El Sr. Keres abrió la puerta y volvimos a la oficina donde, Andrea, ya nos estaba esperando.

Nada más salir, retiró los dosieres de nuestras manos y el Sr. Keres le hizo entrega de la caja del vacío de Carmen.

No hizo falta explicar nada más.

Volvimos cada uno a nuestro despacho.

Pasaron los días. Salida tras salida fui aceptando mi nueva responsabilidad.

Realmente no era tan complicado. Excepto la primera vez con Carmen y Jaime, que me tocaban muy de cerca, el resto de mis decisiones habían sido hacia desconocidos. Además, no tenía que pensar nada. El reloj sabía exactamente qué era lo que sentía en cada momento.

Capítulo 11. La sala de Almas.

Cada día comenzaba como el anterior.

Salía de mi apartamento, me daba una vuelta por la oficina y como cada inicio de jornada, me tomaba un café con Andrea.

Tras ese buen ratito, el mejor del día sin duda, volvía a mi despacho y revisaba las novedades que me había dejado mi compañero del turno de noche.

Jonathan, el Limbo de noche, llevaba en el puesto muchos años. Fue un músico de fama considerable y de igual forma que yo, se había quitado la vida tras pasar unos días de verdadera locura.

En su caso, habían sido pastillas. Tomó la decisión justo antes de empezar un concierto, y claro, a la media hora de estar en el escenario dándolo todo, cayó fulminado.

Fue una muerte muy sonada.

Aquel día empezó tranquilo. Ya tenía revisados los informes de Jonathan y estaba sentado en mi mesa a la espera de que Andrea entrase por la puerta con algún nuevo caso que atender.

Pasé un buen rato ahí, sentado mirando a las musarañas y repasando mi entorno. Como muchas veces pasa, mi vista se quedó fija, como hipnotizada, en dirección al armario que tenía a mi derecha, que era donde guardábamos las cajas del vacío a utilizar.

En ese momento, una idea, más que una idea, una duda, inundó mis pensamientos.

¿Qué había sido del alma de mi mujer?

Llevaba allí ya un tiempo y no tenía ni idea si el alma de María se había reciclado para reutilizar o de lo contrario se había desechado.

Ella siempre fue una excelente persona, buena y amable con todos. Tenía que estar en la Sala de Almas.

Me levanté del sillón y salí del despacho en dirección a la sala. Era imposible acceder, ya que el paso era exclusivo para Fabiola y su equipo.

Fabiola, una chica alta y pelirroja, era la responsable de reciclaje y la encargada de seleccionar las almas, según la necesidad de cada momento.

Desde luego, me parecía mucho más complicado su trabajo que el mío.

Llegué a la puerta y desde ahí, pude ver como Fabiola se paseaba de un lado a otro, revisando las cajas y tomando anotaciones. Imagino que seleccionando almas para los nuevos nacimientos.

Imposible entrar sin que me viesen. Necesitaba sacarla de ahí y mantenerla fuera un rato.

Volví hacia la zona de mi despacho. Prácticamente en la puerta me encontré con Andrea.

Aprovechando lo bien que nos llevábamos y sabiendo que era una chica buena y sentimental, le expliqué lo que quería hacer y le pedí ayuda.

Ella, tenía que conseguir sacar a Fabiola de su sala y darme unos minutos para buscar la caja de María.

Andrea fue reticente al principio, pero, finalmente accedió a ayudarme.

El buen fondo de mi propuesta hizo que ella misma trazara el plan.

Llamaría a Fabiola y aprovechando que le acababan de llegar los catálogos para seleccionar el nuevo tipo de caja del vacío, la mantendría en su mesa todo lo que pudiera. Eso sí. Si alguien me pillaba dentro, ella no tendría nada que ver.

El plan me pareció genial. Volví a mi despacho y me quedé de pie justo al lado de la puerta. Desde ahí, vi como Andrea levantaba su teléfono y hacía una llamada.

A los pocos minutos, atravesando la sala, llegó Fabiola y se sentó frente a ella.

Salí de mi despacho y con un paso ágil llegué a la Sala de Almas. Entré y cerré la puerta.

La sala estaba llena de enormes estanterías ordenadas por año. No me costó mucho localizar la estantería de 2017, año en el que María había muerto.

Dentro de cada año, las cajas seguían un perfecto orden alfabético según los apellidos de cada persona.

Medina era muy típico, así que tardé un momento en llegar a las cajas con los apellidos Medina Moreno.

Solo me quedaba encontrar el nombre y una vez localizado, encontrar a María con la fecha y hora exacta de su muerte.

Cuando más cerca estaba de completar mi misión, unos pasos a mi espalda me inmovilizaron.

Me giré lentamente y me encontré de cara con el Sr. Keres.

Este, me dijo que saliera inmediatamente de ahí y que le siguiera.

En su despacho, me recriminó que intentara buscar la caja de mi mujer, aunque él, ya sabía que llegaría el día en el que la curiosidad me obligaría a hacerlo.

Me explicó que era realmente grave acceder a la Sala de Almas y que, si Fabiola se enteraba, casi con toda seguridad informaría a sus superiores. Me arriesgaba a que me abrieran un expediente y a una posible inhabilitación.

Por el momento y por ser la primera vez, lo iba a pasar por alto.

Volviendo al tema de mi mujer y sabiendo que la curiosidad podría jugar en mi contra, el Sr. Keres aclaró todas mis dudas.

El alma de mi mujer se recicló el día de su muerte, ya que su futuro no era otro que seguir sufriendo y hacer sufrir a toda la gente que la quería por culpa de su enfermedad. No la había llegado a encontrar en la sala, porque se había reutilizado hacía unos siete meses.

Tras la explicación, me invitó a que volviera a mi despacho.

Justo antes de salir por la puerta, me llamó de nuevo. Me giré hacia él y nos quedamos mirándonos el uno al otro sin decir nada.

Rompiendo ese incómodo momento de silencio, el Sr. Keres me dijo una única palabra.

Alba.

Salí de su despacho. Frente a la puerta, me encontré de nuevo con Andrea que mostraba un semblante serio y de preocupación.

La abracé. La abracé fuertemente, mientras le susurraba un gracias al oído.

Nos separamos compartiendo una sonrisa y volví a mi despacho.

¡Alba! La hija de Alfonso y Alicia, mis vecinos.

Ahora entendía porque aquella preciosa niña se volvía loca cada vez que me veía.

Esa niña, era el alma de María.

No podía estar más feliz.

Capítulo 12. Los de abajo.

Pasó el tiempo. Y aunque para mí no habían sido más que unos meses, las fechas de los informes de Andrea me tenían al corriente de cómo iba pasando para los vivos.

En unos días, se cumplirían 10 años de mi llegada.

Como cada mañana después de ducharme y desayunar, salí de mi apartamento, pasé junto a mi mesa, ya llena de informes del turno de noche y llegué a sala, esperando encontrar como siempre a Andrea dispuesta a compartir ese buen momento del café.

Pero aquel día era diferente.

Andrea estaba en su mesa. Nada más verme, me hizo gestos reclamando que me acercara.

Mientras iba hacia ella, me di cuenta de que las mesas estaban extremadamente ordenadas. Los empleados estaban todos en sus sitios inmersos en su trabajo sin ni siquiera levantar la cabeza y tres personas del servicio de limpieza, se empleaban a fondo en quitar el polvo de los lugares más recónditos de aquella oficina.

Me senté delante de Andrea. Esta, me explicó que era un día especial. Tendríamos la visita del responsable de los de abajo.

El Sr. Samil, era el director de lo que los vivos llamaban el infierno.

Sabía de su existencia y conocía cuál era su posición en el organigrama de la empresa, aunque nunca lo había visto. Era la primera vez que nos visitaba desde mi llegada.

Me preocupé de inmediato. El Sr. Samil solo aparecía cuando había algún caso en el que un alma era desechada, pero merecía un castigo eterno.

En esa situación no desaparecía. Mi reloj, en vez de eliminar la moneda una vez analizado su pasado, la transformaba y hacía que se tintara de color rojo. Esa alma, era retirada por el Sr. Samil y desde ese momento quedaba a cargo de los de abajo, siendo castigada con un sufrimiento extremo para el resto de los tiempos.

Mientras estaba frente a Andrea atendiendo a lo que me explicaba, el Sr. Keres se acercó a la mesa y me dijo al oído que me pusiera el traje negro y que por favor me peinara. Que lo hiciera rápido, que el Sr. Samil llegaría en 30 minutos.

Sin perder tiempo, volví a mi apartamento, me puse el traje negro y me planté delante del espejo del baño para peinarme. Llevaba el pelo algo largo así, que lo de arreglarlo, no fue tarea fácil. Después de varios intentos haciéndome la raya primero a un lado y después al otro, decidí echar mano de la gomina y tirarme todo el pelo hacia atrás.

Salí de nuevo a la sala. El Sr. Keres continuaba junto a la mesa de Andrea. Esta, al verme, soltó una sonrisa que tapó de inmediato con su mano. Al ver el gesto de Andrea, el Sr. Keres se giró y al igual que ella también se sonrió.

Andrea, cogió unos dosieres de la mesa y los tres juntos nos dirigimos frente a la puerta de la Sala de Paso, mientras ella se burlaba de mí comentando lo bien que me quedaba el peinado.

A los pocos minutos de estar frente a la puerta, esta se abrió.

Una luz roja e intensa iluminaba la infinita sala. Desde el fondo de la misma y en dirección hacia nosotros, vimos como el Sr. Samil se acercaba con un caminar impasible. Una vez frente a nosotros, el Sr. Keres le dio la bienvenida y le preguntó si el viaje había sido placentero.

El Sr. Samil, asintió con la cabeza y de inmediato, fijó su mirada en mí.

Viendo el gesto, el Sr. Keres nos presentó.

Tras esa primera toma de contacto por mi parte con el jefe supremo de los de abajo, los cuatro, fuimos al despacho del Sr. Keres y ahí estuvimos charlando un rato hasta que Andrea nos dijo que era el momento.

La misma rutina que en los viajes anteriores, con la diferencia de que, en esa ocasión, éramos tres los que hacíamos el salto hasta el lugar de los hechos.

La luz nos llevó hasta el baño de un piso de aspecto antiguo. Uno de esos baños grandes de tres piezas de color rosita con ese típico alicatado blanco de loza no muy grande y una cenefa con motivos florales a media altura.

Nada más llegar, el tiempo se detuvo y nos quedamos los tres a espaldas de una señora, aparentemente de edad avanzada, que acababa de resbalar en el baño al salir del plato de ducha.

El desenlace era más que evidente. Su cabeza iba inevitablemente al encuentro del bidet y claro, cabeza contra bidet, ganaba bidet.

Era todo muy extraño. ¿Qué hacía con nosotros el jefe de los de abajo, si lo que teníamos delante era una pobre señora que había resbalado en el baño?

Mientras todavía estaba analizando el entorno, la sensación de estar frente a algo tremendamente familiar entró en mi cabeza. No sabía que era, pero, la certeza de tener delante algo conocido empezó a ponerme nervioso.

El Sr. Keres se adelantó respecto a nuestra posición y se colocó junto a la desnuda señora, cuya cabeza ya se encontraba apoyada en el bidet.

Esta vez fue diferente. No le hizo falta manipular su reloj. Este, automáticamente generó una moneda negra igual que en todas las veces anteriores.

El Sr. Keres se giró hacia donde estábamos y me la ofreció.

Di un paso adelante para colocarme a la misma altura que la señora y ahí fue cuando me di cuenta.

¡Estábamos en el piso de la Sra. Paquita!

Mi sensación de estar familiarizado con ese entorno no era tal. Lo que estaba sintiendo era el característico olor a los cruasanes de la Sra. Paquita que invadía toda la casa.

Me giré hacia el Sr. Samil y temerosamente le pregunté si se podía tratar de un error.

Inmediatamente, el Sr. Keres me agarró por el brazo y me giró bruscamente hacia él, mientras me gritaba que qué me había pensado. Que quién era yo para poner en entredicho una decisión del Sr. Samil.

La discusión entre el Sr. Keres y yo, alcanzó unos niveles vergonzosos. Él me gritaba y yo lo hacía más.

Mientras, a nuestro alrededor, el imperceptible paso del tiempo ya había permitido que la cabeza de la señora Paquita golpeará contra el bidet, desparramando sus sesos por todo el suelo del baño.

En el momento más álgido de la disputa, el Sr. Samil nos llamó al orden con un grito que retumbó en el baño como si de una enorme explosión se tratara.

Todo se hizo silencio.

El Sr. Samil se dirigió al Sr. Keres y con una templanza exquisita y quitando hierro al asunto, le dijo que se tranquilizara, que era normal que yo tuviera dudas y más si durante mi vida, había tenido alguna relación con aquella persona.

Manteniendo la misma calma, se dirigió a mi diciéndome que, si volvía a poner en duda una de sus decisiones, el que iba a pasar el resto de la eternidad entre los más terribles sufrimientos iba a ser yo.

Abí terminó la conversación.

Cogí la moneda de la señora Paquita y la encajé en la parte trasera de mi reloj.

De forma inmediata, la moneda se tiñó de rojo.

La saqué de mi reloj y se la entregué al Sr. Samil. Este, la introdujo dentro de una cajita de color rojo y se la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Miró al Sr. Keres y asintió con la cabeza. Al ver el gesto, el Sr. Keres pulsó la corona de su reloj.

De nuevo estábamos en la Sala de paso donde Andrea, ya nos esperaba con la puerta abierta. Los cuatro, fuimos al despacho del Sr. Keres y abí, el Sr. Samil tomó la palabra y dossier en mano, me explicó el por qué había que castigar a la Sra. Paquita por toda la eternidad.

Francisca Giménez Martín, en el momento de su muerte, 81 años. Propietaria de la “pastelería Paquita” y de tres residencias de ancianos.

A sus espaldas, más de 20 asesinatos.

La “adorable panadera”, había dedicado su vida a investigar a todos los ancianos que acababan en sus residencias. Sus preferidos, los que no tenían familia y sí alguna propiedad o dinero a su nombre.

Se los camelaba. Aprovechaba la soledad que invade a una persona que está sola en la vida y que empieza a pensar en su final, y cuando había conseguido su total confianza, hacía que pusieran las propiedades a su nombre y que compartieran con ella sus cuentas corrientes.

No contenta con eso, los iba envenenando poco a poco en los desayunos con esos perfectos cruasanes hasta que los mataba.

Desde luego, el tópico que dice que las apariencias engañan, se representaba más que fielmente con la vida que había llevado la Sra. Paquita.

No quedaba otra. Ante el asombro de Andrea, me disculpé con el Sr. Samil y con el Sr. Keres. Estos, aceptaron mis disculpas aparentemente sin darle demasiada importancia.

Andrea destensó el momento dirigiéndose al Sr. Samil, diciéndole que ya lo tenía todo preparado para el viaje de vuelta.

De nuevo los cuatro nos dirigimos a la entrada de la Sala de Paso.

Esa fue la única vez que vi al Sr. Samil.

Capítulo 13. Cambios.

Tras la visita del Sr. Samil, el Sr. Keres se mantuvo más distante de lo habitual conmigo.

Pasaban los días y, aparte de nuestros quehaceres digamos que, laborales, nuestros encuentros se limitaban a un escueto saludo.

La situación se estaba volviendo tensa y yo, no estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados. El trabajo ya era raro de por sí. Si además tenía que aguantar a un jefe con la cara larga día tras día, me iba a volver loco.

Así que, aquella mañana, me desperté, me duché, me vestí y con dos cafés en las manos me presenté en el despacho del Sr. Keres.

Piqué a la puerta y la abrí ligeramente dirigiendo la mirada hacia su mesa.

Al verme, el Sr. Keres me invitó a pasar con un gesto con la cabeza.

Me senté frente a él, le planté el café delante y sin pensármelo dos veces le pregunté que qué le pasaba. Que si tenía algún problema conmigo.

El Sr. Keres alargó el brazo, cogió el café y con la templanza de siempre, empezó a removerlo. Sin levantar la vista del vaso, sacó la cucharilla de plástico, rebañó la espuma del café con los labios y la tiró a la papelera que siempre tenía junto a su mesa.

Levantó la vista fijando su mirada en la mía, dio un primer trago al café y sin mostrar la más mínima expresión me dijo que se marchaba.

Me explicó que la visita del Sr. Samil, aparte de para hacerse cargo del alma de la Sra. Paquita, había sido para comunicarle que lo ascendían y que debía empezar a dejarlo todo preparado para su marcha.

Su nuevo puesto iba a ser el de director ejecutivo. Algo así como el jefe de todos los Sres. Keres.

Me aclaró que no le pasaba nada conmigo. Simplemente había tenido unas semanas muy difíciles, donde había tenido que tomar muchas decisiones importantes. Entre ellas, seleccionar quien iba a ser la persona que iba a ocupar su puesto.

En ese momento, se abrió la puerta del despacho y entraron Andrea, Fabiola, la responsable de la sala de reciclaje de almas y Jonathan, el Limbo del turno de noche.

El Sr. Keres les hizo tomar asiento y les explicó a todos lo que me acababa de decir a mí.

Mientras hablaba, Andrea, que claramente era la única que ya sabía lo que estaba pasando, nos entregó un dossier a cada uno.

En el dossier se detallaba el nuevo organigrama de la empresa.

Yo mantenía mi actual puesto de Limbo de día, Fabiola seguiría siendo la responsable de la sala de reciclaje de almas, en unos días, tendríamos la incorporación de un nuevo Limbo de noche y Jonathan, pasaría a ocupar el puesto del Sr. Keres.

La reunión duró poco. El Sr. Keres ya lo tenía todo decidido y ninguno de nosotros tenía ninguna objeción al respecto.

Fueron pasando los días. A nuestras intervenciones en la puerta de paso, se empezó a apuntar Jonathan. Poco a poco el Sr. Keres le daba un poquito más de responsabilidad. Algo así como una formación.

Jonathan parecía un buen tío. Si tenía cualquier duda, preguntaba. Me parecía hasta gracioso verlo tomar anotaciones cada vez que el Sr. Keres explicaba cualquier cosa.

Con el tiempo, Jonathan, fue tomando más decisiones hasta que llegó el momento en el que la presencia del Sr. Keres era meramente testimonial.

Y llegó el día.

Como cualquier otra mañana, me levanté y después de la ducha de rigor y de adecentar un poquito la habitación, salí al encuentro de Andrea para tomar el café de cada mañana.

Una buena conversación en compañía de la persona con la que más afinidad tenía, te hacía ver las cosas de otra forma.

Tras ese ratito de charla, Andrea, cogió un par de dossieres y me dijo que había un salto programado en 15 minutos. Los dos nos dirigimos al despacho del Sr. Keres, piqué a la puerta y como siempre, la entorné ligeramente antes de entrar.

El asombro, hizo que mi sonrisa al abrir la puerta, se tornara en un gesto medio serio e interrogativo.

Era Jonathan quien estaba sentado en la mesa del Sr. Keres.

Vestido como él, peinado como él, incluso con ese afeitado apurado y perfecto que dejaba ver su piel tersa y brillante.

Andrea, como siempre atenta a todo, me dio un ligero empujoncito para que entrara y se adelantó explicando el caso al que pertenecían los dosieres que llevaba en la mano.

Jonathan se levantó de la silla, cogió los dosieres y los ojeó ligeramente. Se quedó el suyo, me dio a mí el mío y, echándome el brazo por encima del hombro comentó en voz medio baja, “vamos al lío”.

Los tres por primera vez hacia la Sala de Paso. Jonathan encajó su reloj, abrió la puerta y como tantas otras veces lo había hecho con el Sr. Keres, entramos en la habitación.

Caso sencillo, aunque con un entorno curioso.

Xavier Vaillo, 30 años.

Llegamos al lugar de su muerte cuando el chico ya llevaba tres días tirado en el fondo de una ladera.

El informe explicaba que Xavier era jugador de airsoft.

Justo en el momento más emocionante de la partida y con el afán de esconderse de sus enemigos, había caído por una grieta de la montaña, rodando ladera abajo durante un buen rato.

La caída le había provocado múltiples fracturas y un fuerte traumatismo en el cráneo.

La verdad es que había tenido muy mala suerte. Iba completamente vestido de militar. De esos militares que van totalmente mimetizados con su entorno. Casco mimetizado, ropa mimetizada, la cara pintada e incluso, una de esas mantas llenas de hojas que sirven para taparse y camuflarse mientras disparas y que así no te vean los enemigos.

Pues exactamente eso. Al caer, la manta cogió vuelo y se le depositó encima, dejándolo completamente tapado. Entre que el chico fue incapaz de moverse y que era prácticamente imposible verlo desde cualquier punto, los esfuerzos por encontrarlo de sus compañeros y de los cuerpos de seguridad que habían estado por la zona fueron inútiles.

Jonathan se colocó junto al cuerpo y reloj en mano, hizo lo que tenía que hacer. La muerte era la única opción. El chico tenía más huesos rotos que sanos, además de graves daños en el cerebro y algún órgano vital.

Cogí la moneda resultante y la encajé en mi reloj.

Alma para reciclar. Ninguna cosa rara.

Jonathan, cogió la moneda ya de color plata, la guardó en la caja del vacío y pulsó la corona de su reloj.

Volvimos a la Sala de Paso. Justo antes de salir, yo, intentando devolverle su gesto anterior donde con intención amigable, o eso creía yo, me había echado el brazo por encima del hombro, apoyé mi mano en su espalda mientras le decía que había hecho un buen trabajo.

Ante mi asombro, Jonathan retiró mi mano bruscamente y me dijo que nunca más le volviera a llamar por ese nombre. Que, desde ese momento, él sería para mí el Sr. Keres.

Me quedé ahí. Atónito, mirando desde el umbral de la puerta, mientras veía como Jonathan se alejaba camino de la Sala de Almas.

Intenté analizar lo que acababa de pasar. Le daba vueltas a nuestra intervención, buscando algún momento donde podía haber ofendido o molestado a Jonathan, pero no le encontraba la lógica.

Ya camino de mi oficina me encontré con Andrea. La verdad es que yo no era de esas personas a las que le gusta meter mierda, pero, no pude evitar explicarle lo que me había pasado en la Sala de Paso con Jonathan.

Andrea me miró con semblante serio y me dijo que acababa de recibir una queja de Fabiola por el trato recibido por el nuevo Sr. Keres.

A partir de ese momento. A partir del primer día en el que Jonathan o el nuevo Sr. Keres cogió las riendas del sector 1, todo cambió.

La convivencia con él se volvió insufrible. Malas caras, gritos, exigencias injustificadas, informes poniendo en entredicho la fiabilidad de nuestro trabajo.

A las pocas semanas, había conseguido que solo pensar en levantarse por la mañana, supusiera un verdadero calvario.

Capítulo 14. El Relojero.

La situación provocada por el nefasto comportamiento de Jonathan, provocó que empezásemos a hacer cosas sin contar con él.

Quedábamos para tomar café los tres, nos explicábamos chismorreos a escondidas, le criticábamos, tomábamos decisiones entre nosotros sin consultarlas con él, incluso, teníamos un grupo de Telegram por donde nos escribíamos y nos pasábamos nuestras tonterías.

Para esas cosas Fabiola era tremenda. Le había puesto un nombre al grupo que a mí me parecía sublime: “Keres ser mi amigo??”.

El tiempo y el malestar con el nuevo Sr. Keres hizo que el acercamiento entre los tres fuera total. No podía estar mejor con Andrea, era como mi alma gemela. Y Fabiola. Fabiola se convirtió en una persona a admirar. Sobria en su trabajo, responsable, agradecida con sus amigos, amable. No tenía elogios suficientes para poder describirla.

No nos quedaba otra. Día tras día, el nuevo Sr. Keres intentaba minarnos la existencia con sus continuos improperios y nosotros, contrarrestábamos la situación acatando las órdenes sin rechistar y disfrutando de nuestra amistad que poco a poco, fue haciendo que el resto de cosas no importaran. Así aguantamos.

Otro día más de trabajo.

Casi no me había acabado de lavar la cara, cuando Andrea entró a mi apartamento.

Sin decirme nada, me puso en las manos un dossier, me dio un beso en la mejilla y tal y como había entrado, se marchó.

Me senté en mi mesa y empecé a ojearlo con atención.

Se trataba del dossier de Alba. La niña simpática de mis vecinos. La niña que había recibido el alma de María, mi mujer.

La verdad es que el tiempo era una verdadera locura en aquel sitio.

El dossier explicaba que Alba había pasado prácticamente toda su vida cuidando de sus padres. Los dos habían tenido un accidente de tráfico y habían quedado postrados en una cama cuando ella tan solo tenía 16 años.

Su vida había sido difícil. Año tras año en casa, con la responsabilidad de dedicar su tiempo al completo al cuidado de sus padres.

Hacía dos años que Alfonso, su padre, había muerto ya muy viejito y su madre, Alicia, acababa de morir hacía unas semanas también de muerte natural.

Al final Alba se había quedado sola en la vida. Desquiciada por una responsabilidad que la había anulado por completo. Que la había consumido. De esa niña risueña y jovial que yo recordaba, ya no había quedado nada.

En 20 minutos, teníamos que estar en su casa.

Por error, y con la intención de descansar un rato, quiso tomarse un par de pastillas para dormir, pero había equivocado el bote y se había tomado

una dosis doble de prednisona, las pastillas con cortisona que su madre tomaba para poder descansar sin dolores. Ella no lo sabía, pero, era tremendamente alérgica a la cortisona.

Como siempre hacía, Jonathan, pasó junto a mi puerta y sin ni siquiera detenerse, dio un fuerte golpe en la misma mientras gritaba: “siempre tarde Ismael”.

Era una especie de rutina de mierda que tenía.

Salí de mi despacho y llegué a la Sala de Paso donde Jonathan ya me esperaba con la puerta abierta.

Nada. Ni una palabra.

Hicimos el salto y llegamos a casa de Alba.

Ya no era una niña ni mucho menos. 64 años.

Abí estaba. Tumbada en la cama recostada hacia un lado. Tenía los ojos entre abiertos. Daba la sensación de que se estaba dando cuenta de que algo no iba bien pero que tampoco le importaba mucho.

Parecía estar feliz.

Jonathan se acercó y reloj en mano movió su corona. La cosa fue rápida. Me entregó la moneda, la introduje en mi reloj y empecé a mover la corona hacia atrás.

Pobre Alba. Pobre María. No podía parar de pensar en la tristeza y el sufrimiento que aquella alma había acumulado.

Todo se paró. Giré el reloj y justo en el momento en el que retiraba la moneda de color plata miré a Alba. Sus ojos se acabaron de cerrar. Una leve sonrisa acompañó su último momento mientras una lágrima caía por su mejilla dejando una perfecta mancha en forma de círculo en su almohada.

Entregué la moneda a Jonathan y de nuevo, volvimos a la Sala de Paso.

Como siempre, Jonathan abrió la puerta y sin decir nada se alejó camino de la Sala de Almas.

Me quedé ahí. Quieto. Mirando a la nada. No podía aguantar más la situación. El caso de Alba me había tocado bien adentro.

No había dado un paso, cuando vi a Jonathan salir de la sala de Fabiola y dirigirse a su despacho.

Sin pensármelo dos veces, me fui a ver a Fabiola.

Entré en su despacho, le di un abrazo y un beso y agarrándola de las manos le pregunté si yo podía volver. Si mi alma se podía reciclar.

Al principio Fabiola no supo que decir, pero, tras un momento de silencio, soltó mis manos, se abrazó a mí y al oído, muy bajito y muy cerca, me dijo que sí.

Nos sentamos en su despacho.

Me explicó que las almas de los que allí trabajábamos, eran todas almas de suicidados, como yo ya sabía. Y que dichas almas, generaban una

moneda de color azul, que se guardaba en el departamento de recursos humanos, justo en la planta superior a la nuestra.

La jugada no era fácil. Había que conseguir la moneda de mi alma y una vez teniendo la moneda, ir a ver al Relojero.

El Relojero era el responsable de la creación de los relojes que utilizábamos para saltar en la Sala de Paso y para determinar el destino de las almas. Era la única persona que tenía los conocimientos y el poder suficiente como para modificar un reloj y que este cambiase el color de una moneda.

Pero... ¿cómo convencer al Relojero para que nos ayudara?

Eso era lo más difícil.

Al día siguiente, Andrea, a la que había puesto al día Fabiola, nos escribió por el grupo de Telegram.

En una hora había convocado una reunión con el responsable de recursos humanos y con Jonathan en el despacho de este, para hablar sobre la renovación de las máquinas de vending y sobre algún tema más. Según ella, los tendría entretenidos más o menos una hora.

Al mensaje, Fabiola contestó con un OK e inmediatamente envió un emoji con gafas de sol y un brazo flexionado representado un gesto de fuerza.

¡Joder!, ya se habían puesto en marcha.

Al mensaje de Fabiola contesté que, qué era lo que yo tenía que hacer. Fabiola escribió que nada. Simplemente tenía que estar en mi despacho con la puerta abierta y avisar si la reunión en el despacho de Jonathan terminaba más pronto de lo esperado.

Así lo hicimos.

Me senté en mi mesa, desde donde veía la puerta de Jonathan. Desde abí, observé como Andrea, acompañada del responsable de recursos humanos picaba a la puerta y entraban los dos.

En el grupo de Telegram un escueto “voy” de Fabiola, indicaba que todo estaba en marcha.

A los 30 minutos más o menos de espera, un “ya la tengo” de Fabiola, destensó todo. Habían sido los 30 minutos más largos de mi vida y trabajando donde trabajaba ya era mucho decir.

Pasaron los días. Todo era normal. Nadie se había dado cuenta de que mi moneda había desaparecido de recursos humanos.

Era viernes a última hora. Ya había atendido el último caso del día cuando de repente sonó el teléfono de mi despacho. No reconocía el número, aunque por la composición del mismo sabía que era una extensión interna y que pertenecía a nuestro sector.

Contesté. Una voz masculina me indicó que era el secretario del Relojero, que lo llamaba de su parte y que este, quería que fuera a su despacho.

Colgué el teléfono, fui hasta los ascensores y subí a la planta quinta. Nada más abrirse el ascensor, un chico enorme, vestido con traje negro, me indicó que le siguiera.

Atravesando un largo pasillo, llegamos a una puerta de aspecto antiguo. No pude evitar fijarme en el resto de puertas que íbamos dejando atrás. Aquella era la única que no casaba con el entorno. Daba la sensación de que era de otro tiempo.

Una vez delante de la puerta, el chico la abrió y me indicó que pasara.

Entré despacio. Mi vista no pudo evitar recorrer cada centímetro de aquella monstruosa sala. En cada rincón, en cada palmo de cada una de las paredes, infinidad de piezas y herramientas repartidas entre cientos de estanterías colocadas a diferentes alturas.

Al fondo de la sala, una enorme y vieja mesa donde un señor muy muy mayor ni había levantado la cabeza, entretenido en algo que tenía entre sus manos y que aparentemente estaba ajustando con un destornillador. Movía los brazos y las manos muy rápido. Excepcionalmente rápido para la edad que aparentaba tener. Soltaba un destornillador y cogía otro a una velocidad prácticamente imperceptible. Cambiaba de herramienta sin ni siquiera mirar las que cogía.

Conforme me iba acercando, la gestualidad de aquel hombre mientras hacía su trabajo se volvió más increíble. Daba la sensación de tener más de dos brazos de lo rápido que los movía.

Llegué frente a él. Me quedé de pie delante de su mesa mientras él seguía en sus cosas sin hacerme el más mínimo caso.

No sé cuánto tiempo estuve ahí delante, mirándolo quieto y sin decir nada.

De repente, aquel anciano dejó de moverse. Sus brazos se detuvieron. Fue entonces cuando me di cuenta de que en lo que estaba trabajando con tal destreza era en un reloj idéntico al nuestro, y que, no lo estaba sosteniendo con las manos. El reloj estaba suspendido en el aire frente a él.

El anciano, dejó las herramientas sobre la mesa y sopló levemente sobre el reloj. Este, como por arte de magia descendió de la altura a la que se encontraba, depositándose en una cajita de madera de color caoba que había a un lado del centenario pupitre.

El Relojero alzó su vista. Fue entonces cuando se dio cuenta de que yo estaba ahí.

Imagino que eres Ismael, me dijo.

Yo asentí con la cabeza.

Me invitó a tomar asiento y sin dejarme hablar, me explicó que Fabiola lo había llamado y le había puesto al día de los problemas que el nuevo Sr. Keres estaba provocando en el departamento.

Indignado, me comentó que en todos los años que él llevaba allí, jamás había visto un comportamiento tan déspota y tan fuera de lugar en ninguno de los sectores de la empresa. Para él, la palabra de Fabiola estaba por encima de cualquier otra. Se conocían desde hacía mucho tiempo y sabía que era de fiar. Además, Fabiola era la persona a la que más aprecio tenía sin duda alguna.

Sonriendo, me explicó que cuando Fabiola llegó, él tenía su despacho y su taller en nuestra planta, justo al lado de la sala de almas. En la primera semana de trabajo de Fabiola, esta, intentando ser amable con él, le llevó un tupperware con lo que le explicó eran las albóndigas de su madre. Desde aquel día, todos los viernes, Fabiola compartía un buen rato de charla con él, mientras se comían una buena ración de albóndigas acompañadas con una crujiente barra de pan de máquina.

No podía permitir que un mindundi recién llegado al puesto le hiciera la vida imposible a su amiga y a los verdaderos amigos de su amiga.

Alargó la mano hacia la caja color caoba y me entregó el reloj en el que había estado trabajando.

Fabiola me entregaría mi moneda. Yo, tendría que usarla en el interior del reloj que me acababa de dar estando dentro de la Sala de Paso. Simplemente tendría que abrir la puerta de la sala con el reloj que había preparado, introduciría la moneda en él y pulsaría sobre la corona. La moneda resultante, ya de color plata, se la tendría que devolver a Fabiola y esta, la guardaría en la Sala de Almas como cualquier otra. Cuando Fabiola reciclara mi alma empezaría la verdadera diversión para unos y el mayor de los desastres para Jonathan.

Al ser devuelto, yo volvería a la vida teniendo un nuevo nacimiento y Jonathan, tendría un problema tan grande al no poder justificar mi desaparición, que le costaría el puesto. Era algo así como engañar a la muerte.

Capítulo 15. Adiós.

Al día siguiente me levanté muy temprano y salí de mi apartamento. Camino del despacho de Fabiola me encontré con Andrea que, imaginando ya a lo que iba ni se paró a hablar conmigo. Simplemente me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa en el momento en el que pasábamos el uno junto al otro.

Fabiola ya me esperaba. Nada más entrar en su despacho, esta se abalanzó sobre mí y en forma de saludo y disimulando el gesto dejó en mis manos mi moneda.

Ni hablamos. Cogí la moneda, me di media vuelta y con toda la convicción y confianza que aquel subidón de adrenalina me estaba provocando me planté delante de la Sala de Paso.

Tenía que ser rápido.

Saqué de mi bolsillo el reloj que me había dado el Relojero y lo encajé en la puerta. Esta se abrió. Sin pensármelo dos veces, entré a la sala, cerré la puerta, coloqué la moneda dentro del reloj y pulsé su corona.

Una avalancha de imágenes entró en mi cabeza. Un repaso cinematográfico a cámara rápida de mi vida. Primero desde que era niño al momento en el que me encontraba y después al revés, pude recrear de nuevo momentos con mi madre, con mis tíos, con mis amigos, con María.

De repente todo se detuvo y volví a la realidad de la oscura sala. Giré el reloj. La moneda ya no era de color azul.

Sin perder tiempo, abrí la puerta de nuevo y me fui al despacho de Fabiola.

No me esperaba tan pronto. Al entrar, simplemente se quedó mirándome con cara de asombro. Con un leve cabeceo en forma de afirmación y levantando las cejas me preguntó si ya estaba.

Yo no le dije nada. Me acerqué a su mesa y aprovechando el gesto de sus manos extendiéndose hacia mí con las palmas hacia arriba en forma de cuenco, le di el reloj con mi moneda todavía en su interior.

Tal y como había entrado, sin decir nada, salí de su despacho y regresé a mi apartamento.

El día transcurrió con normalidad. No tenía que esforzarme en disimular o comportarme de ninguna forma especial con Jonathan, puesto que nuestra relación extralaboral era inexistente.

Fueron pasando los días. Necesitaba dejar pasar algún tiempo para confirmar que no había ningún tipo de sospecha por parte de nadie. Asegurarme de que, aparte de nosotros tres y El Relojero, nadie sabía lo que estábamos tramando.

A las tres semanas de mi incursión a la Sala de Paso, Fabiola nos convocó a los tres con un escueto mensaje en nuestro grupo de Telegram que decía: “¿Nos vemos hoy?”.

Inmediatamente Andrea contestó con un pulgar arriba, un montón de emojis de esos que están tirando un besito en forma de corazón y un pepino al final.

Yo contesté con un montón de JA en mayúscula y otro pulgar hacia arriba.

Tras el último caso del día, Andrea me picó a la puerta y los dos fuimos a ver a Fabiola.

El tema de la conversación no podía ser otro. ¿Cuándo quería que Fabiola reciclara mi alma?

Ese fue el momento en el que tomé la palabra y les expliqué a las dos cuales eran mis verdaderas intenciones.

Yo no quería ser reciclado únicamente por el malestar que todos sufríamos desde la llegada de Jonathan, aunque sí había sido un motivo determinante para tomar esa decisión.

Mi intención real era que Fabiola reciclara mi alma junto al alma de María y así, poder tener una segunda oportunidad con ella. Poder hacer que esa alma tuviera una vida sin sufrimiento y de nuevo llena de amor.

Tras un momento de silencio, Andrea se levantó de la silla y me abrazó. Yo le devolví el abrazo, quedándonos así hasta que Fabiola llamó nuestra atención con un: “pero...”.

No era tan fácil, explicó. El reciclar dos almas en el mismo momento, no tenía nada que ver con que se volvieran a encontrar, aunque ya hubieran compartido momentos juntos en vida.

Nos aclaró que, al reciclar un alma, esta mantenía todos los recuerdos durante 5 horas, que era el tiempo que se tardaba en hacer el camino de vuelta, pero, que una vez pasado este tiempo, lo olvidaba todo.

Las almas, eran acompañadas durante el camino de vuelta por el Barquero, la persona encargada de hacer que el paso de un estado a otro fuera lo más placentero posible.

El camino de vuelta no era exactamente un trayecto real que el alma tenía que recorrer. Un alma al ser reciclada, ocupaba en ese mismo instante un nuevo nacimiento. El camino era el tiempo que transcurría desde el segundo 1 de vida de un bebé, hasta el momento en que se cumplían 5 horas del mismo. Durante esas 5 horas, el Barquero cuidaría del alma. Al cumplirse estas, marcharía. Momento en el que el alma olvidaría todo lo vivido anteriormente para siempre.

Todo muy teórico, todo muy fantástico, pero yo no olvidaría a María.

Intenté descargar de preocupación a Fabiola diciéndole que por eso no se tenía que preocupar, que yo me encargaría de mantener el recuerdo de María vivo.

Fabiola, casi sin dejarme acabar de hablar y visiblemente más acelerada que antes, comenzó a explicar de nuevo el mismo proceso, pero esta vez planteando infinidad de dudas que ella misma iba contestando.

Tenía miedo. El mismo miedo que yo tenía a que llegara el momento y no fuera capaz de mantener ningún recuerdo. A que todo se perdiera para siempre.

Me levanté y me puse a su lado. La agarré de la mano y la miré mientras ella seguía hablando inmersa en su mar de preocupaciones.

Bastó con un: “te quiero amiga”, para conseguir que Fabiola dejara de hablar y me devolviera la mirada.

Andrea se acercó a nosotros y cerró el círculo agarrando mi mano y la mano de Fabiola. Un círculo de amistad y amor de verdad que nos había llevado a ese momento.

Los tres nos miramos. Nos miramos y sonreímos.

Con esa sonrisa en la boca y con lágrimas en los ojos Fabiola dijo que lo haríamos al día siguiente a primera hora.

Capítulo 16. De vuelta.

Casi no había terminado de levantarme cuando Andrea entró a mi apartamento.

No me dio tiempo de nada. Mirarla una última vez y después, oscuridad. Una extrema soledad abrazada por una nada absoluta me dejó sin sonidos, sin colores, sin olores.

Intenté mantener la calma. Imaginaba que ese era el proceso natural durante el camino de vuelta.

El volumen del silencio hacía que fuera imposible centrarme en buscar algo a mi alrededor. Algo que no fuera oscuridad. Aquella paz empezaba a ser perturbadora. Necesitaba percibir algún sonido, algún olor, una ráfaga de aire que tocara mi piel y que me dijera que todo iba bien, que seguía estando vivo.

Mi respiración se aceleró. Cada vez con más violencia mis pulmones se llenaban y se vaciaban de aire. Cada vez más oxígeno tensaba mis músculos y hacía que apretara las manos cada vez con más fuerza.

Cuando mi sensación de no poder controlar la situación era total, una voz femenina me dijo de forma suave y susurrada: “no pasa nada Ismael. Tienes que estar tranquilo”.

La inercia hizo que mirara hacia el punto por donde yo creía haber escuchado aquella voz. En ese momento, pegada a mí, se encendió una tenue luz, descubriendo a una hermosa mujer de larga melena rubia y vestida de blanco que estaba sentada en una vieja silla de madera mientras en las manos sujetaba un antiquísimo reloj de arena.

Tranquilo Ismael. Volvió a susurrar.

Yo no dije nada. Simplemente la recorrí de arriba abajo con la mirada. Ella, dejando ir una de sus manos del reloj de arena, extendió el brazo, me acarició la cara con el dorso de los dedos y me agarró de la mano.

Nada más tocarme, una increíble tranquilidad se apoderó de mí. Dejé de tener miedo.

¿Cuánto falta?, le pregunté.

Estamos llegando Ismael. Contestó ella mientras mantenía agarrada mi mano.

Justo en ese momento, aquella infinita oscuridad comenzó a aclararse. Poco a poco, el rotundo negro iba dejando paso a una claridad que empezaba a permitirme distinguir colores y formas. Empecé a estar incómodo. Sentía frío.

Cada vez con más definición mi entorno se transformaba. Con una perfecta transición el negro transmutó en la típica escena de quirófano donde acaba de nacer un bebé. Empecé a distinguir a gente. Los olores volvían de forma gradual y el ruido empezó a alimentar las necesidades de mi cerebro.

¿Recordaré a María?, le pregunté buscando un último aliento de esperanza.

Ella no contestó. Simplemente soltó mi mano.

Capítulo 16. De vuelta. 16 años después.

—¡Mamá!

—Dime Dani.

—¿Dónde están mis cascos? No los encuentro y voy a llegar tarde al cole. ¡Jol, ¡encima el primer día!

—Toma. Los dejaste anoche encima de la mesa. ¡Va!, Estate tranquilo que te va a ir muy bien.

—Gracias mamá.

—Un beso Dani. Un besito de mi niño guapo.

—¡Mamá!, ¡va! Que tengo 16 años y está Alberto esperando abajo.

—¡Que espere Alberto!, que por lo que tardas en darme un beso no os van a cerrar el cole.

Dani dio un beso a su madre, abrió la puerta de casa y mochila al hombro bajó las escaleras hasta llegar a la puerta de la calle.

—¿Qué pasa tío?

—Hola Dani. ¿Qué?, ¿estás nervioso?

—Si tío. Anoche apenas pude dormir. A ver cómo nos va en el nuevo insti. Espero que el bachillerato no sea tan difícil como dicen.

Dani y Alberto llegaron al cole a tiempo. Los dos habían sido compañeros de clase desde que empezaron en P3. Eran inseparables. Como hermanos.

Las tres primeras horas de clase pasaron rápidas. La verdad es que no habían llegado a tocar materia en ninguna asignatura. Al ser el primer día, casi todo habían sido presentaciones y explicaciones de qué esperaban para su futuro.

A Dani le había llamado especialmente la atención la respuesta de Candela, una chica que, a la pregunta, ¿qué quieres hacer de mayor?, había contestado: “ayudar a la gente”.

Durante esas tres primeras horas, Dani y Candela habían estado cruzando miradas. Uno buscaba al otro y se hacía el despistado cuando el otro le devolvía la mirada. Mirada tras mirada, fueron aguantando sin girar la cabeza cada vez un poquito más hasta que llegó un momento en el que se quedaron mirándose fijamente el uno al otro.

El resto del mundo se paró. Para ellos, solo existían los ojos que había a tres mesas de distancia.

El timbre que anunciaba la salida al patio los hizo volver a la realidad.

Dani se levantó y sacó su bocadillo y una lata de la mochila mientras miraba como Candela se levantaba y salía por la puerta camino del patio. Intentó no perderla de vista, pero al llegar al umbral de la puerta y mezclarse con el resto de compañeros de clase, dejó de verla.

Dani bajó lo más rápido que pudo las escaleras y salió al patio.

Nada más salir, vio a Candela justo en el centro de la zona más amplia de aquel enorme espacio.

A un lado y a otro, chicos y chicas de su clase y de otras muchas, hablaban y reían.

Dani, comenzó a caminar hacia Candela. Esta, se quedó quieta sin perderle detalle durante todo el recorrido, hasta que quedaron uno frente a otro.

Se sonrieron.

—Hola Candela.

—Hola Dani.

Sin dejar de sonreír, Candela extendió su brazo ofreciendo su mano. Dani, contestó el gesto agarrándola entrelazando los dedos.

Se acercaron un poquito más, quedando cara a cara, mirándose agarrados de la mano lo más fuerte que podían.

Entonces, Candela, acercó su cara a la de Dani y alzándose ligeramente de puntillas, empezaron a besarse.

Los dos chicos se fundieron en un largo y apasionado beso. Un beso de película. Un beso que querían que fuese eterno, mientras ella, acariciaba la mejilla de Dani con la otra mano y Dani, disfrutaba del tacto del largo y sedoso pelo de Candela.

De nuevo, el timbre los interrumpió.

–Tu olor. Como me suena tu olor. –Dijo Dani–.

Cogidos de la mano, los dos chicos iniciaron el recorrido de vuelta hacia clase atravesando de nuevo el patio.

Y aunque eran incapaces de dejar de mirarse, no pudieron evitar fijarse en una chica alta y pelirroja que no paraba de hablar planteando dudas y respondiéndose ella misma, mientras otra chica morena con pelo liso y gafas de pasta la escuchaba con atención.